LAS/12

MIRADA DE MUJERES EN PAGINA/12
22 DE ENERO 1999
AÑO 1 • NUMERO 41



COMO CUANDO VINIERON AL MUNDO

NUDISMO EN LA ARGENTINA

Adán y Eva EN SU PIEL



Sucumbiendo a la tentación de hacer periodismo de alto voltaje *Las doce* se decidió a investigar NAT, un club nudista. Para ingresar, la cronista y la fotógrafa tuvieron que ponerse en igualdad de condiciones: sólo pudieron "vestir" respectivamente el grabador y la cámara. Como no todos los resquemores caen con las ropas, los miembros del club hablaron más de lo que se dejaron fotografiar y sólo el fundador se animó a dar la cara. Las razones para cultivar el propio desnudo socialmente son diversas: van desde la nostalgia del Edén hasta la curiosidad erótica. La práctica está difundiéndose y el mismo Rolando Hanglin ya tiene permiso para crear su propio club.

POR SANDRA CHAHER

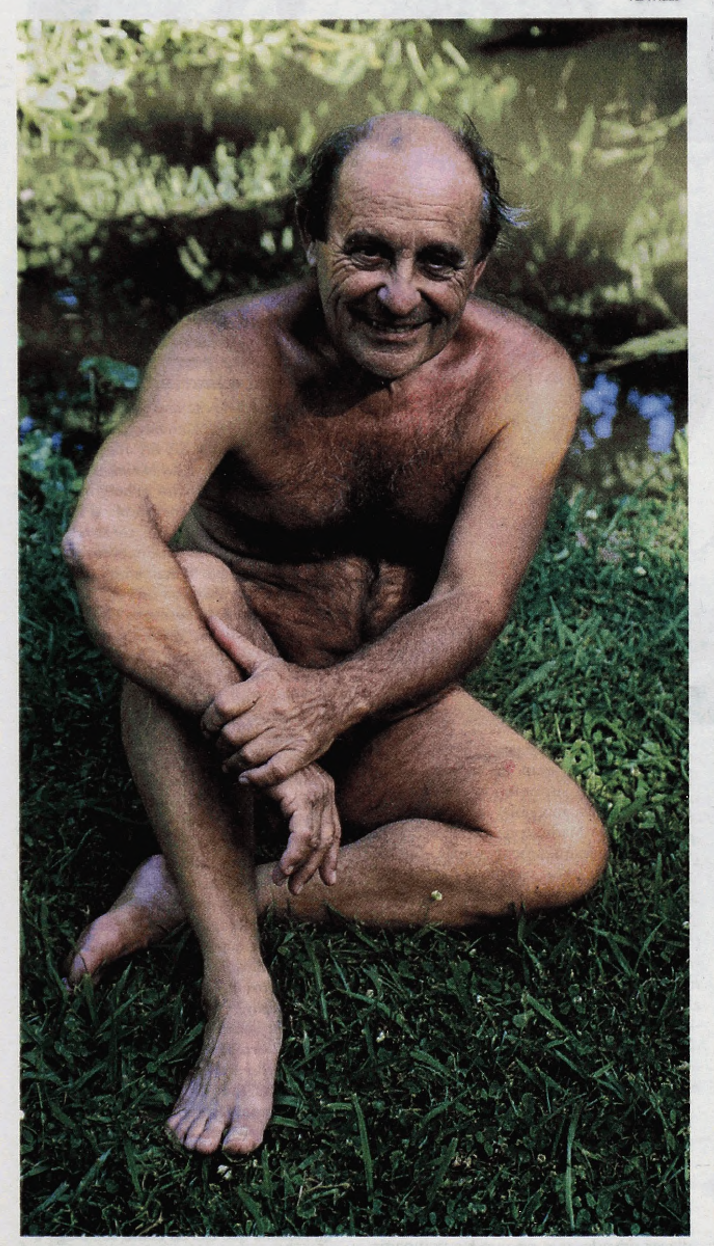
"¿Viste que dicen que una imagen vale mil palabras? Acá quizá no te alcancen mil palabras para describir una imagen", me dice Alberto a la hora en que el sol de un domingo frío deja de dar calor a los cuerpos desnudos. Se acercó después de que lo entrevisté, como si su cabeza hubiera al fin encontrado la frase buscada. Y lo hizo porque para él, como para otros, era muy importante que sus vivencias fueran transmitidas con claridad, sabedores de cómo impacta la práctica nudista a un primerizo, y sobre todo porque esa persona después tendría que transmitirles a sus lectores lo que vio, escuchó, percibió y sintió. Lo primero que vimos fueron los vestuarios, "mixtos, por supuesto", nos dijo el presidente del club NAT, a lo que fotógrafa y yo respondimos un desenvuelto "claro". Techo bajo, paredes y caños a la vista, esculturas de cuerpos femeninos desnudos pero sin cabeza, algo que se repetiría en el parque y una especie de quincho usado como oficina. Todas fueron hechas por Jorge Biagosch, el presidente del club, un hombre pequeño, que está siempre desnudo porque eso lo hace feliz –"por más argumentos filosóficos y médicos que existan, lo que yo siento es eso"–, y a quien aunque las arrugas en la cara y la convexidad de su espalda le sumen más de 65 años, mutó de tal manera sus gestos con el paso del tiempo que la rigidez se transformó en plasticidad y cuando sonríe parece liberar destellos luminosos. La única vez que lo vi vestido fue en 1993 en la confitería Florida Garden, metido en un imperioso traje de abogado que resultaba irónicamente divertido contrastado con su discurso nudista. Ya era presidente del NAT, pero aún protegía su anonimato, condición que perdió cuando poco después accedió a asistir a "Hola Susana". Hoy –dedicado full time al club y a las fiestas de casamiento y recepciones que organiza en la quinta, para los "textiles", como se llama en la jerga a quienes usamos ropa– es una especie de duende del lugar, de sus plantas y su arte. Las esculturas sin cabeza transmiten lo que muchos verbalizarán después: la desnudez acerca a lo verdadero de cada uno, las identidades no se diluyen pero algunas máscaras quedan colgadas de las perchas.

MIRADAS

De la oscuridad de los vestuarios a la luz del mediodía el sol dio vida a unas treinta o cuarenta personas en el parque, charlando, tomando sol, nadando, jugando rumi debajo de sombrillas, casi todos desnudos con la excepción de algunas mujeres con tanguita, y la mayor parte de 35 o 40 años para arriba. El parque enorme no es azaroso: un laguito con camalotes, papiros, plantas que diseñan pasadizos o recovecos, una cancha de voley, árboles altísimos que alivian del sol y cubren de miradas indiscretas. Están aprovechando los últimos minutos antes del almuerzo, preparado por la ruda y amorosa Estela, mujer de Jorge y no nudista. Ni ella ni los que sirven la comida llevan el cuerpo descubierto: pasan entre las mesas con hombres desnudos y mujeres cubiertas pudorosamente con un pareo o una remera, preguntando qué quieren, sin detener la mirada en nada específico, excepto los ojos del interrogado.

La mirada, sustantivo esencial de esta composición. ¿Es todo tan relajado, tan natural, tan cotidiano y filosóficamente estimulante como manifiestan los discursos? ¿O es esto, pero además existe la curiosidad habitual por el cuerpo desnudo y no necesariamente erotizado? "En general se mira a los ojos, también mirás los pechos, el pubis o la cola de hombres y mujeres pero no con ánimo de criticar ni con perversidad" dice el verborrágico Juan, padre de una beba que apenas empieza a caminar y se cuelga como si fuera la teta del cuello de su mamá. "Casi ni te mirás -agrega Norma, la esposa de Juan, pelirroja, menudita y de pechos grandes-, y si lo hacés no es con el objetivo de excitarte." Pero no todos están tan distraídos o abstraídos. Agustín, de 63 años, empezó a ir al NAT en 1997, después de dar muchas vueltas tratando de encontrar alguna forma de revertir la rigidez que sentía en su cuerpo: "La vi-

JORGE BIAGOSCH PRESIDENTE DE *NAT* Y SEGUIDORES. A LOS QUE NO PRACTICAN EL NUDISMO SE LOS LLAMA "TEXTILES"







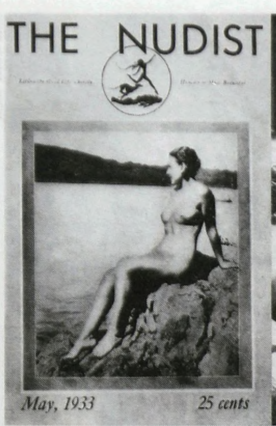
FOTOS: TAMARA PINCO

Al Uso Nostro

A pesar de ser un país al que las libertades civiles y el progresismo moral siempre llegaron tarde, en 1934 la Argentina ya tenía su propio campo nudista, en una época en la que su incipiente expansión en Europa fue frenada por el avance del fascismo. Ramón Rodríguez, un republicano español que había llegado al país poco antes, fundó ese año Heliópolis –en el Tigre–, sede de la Primera Asociación Naturo Desnudista Argentina (Panda). El lugar funcionó casi anónimamente y con un estricto código ético que les evitara problemas con la ley hasta 1985. No era exactamente un club, no tenía infraestructura excepto una casa en la que dormía Rodríguez cuando decidía pasar la noche allí, y los concurrentes eran tanto argentinos como extranjeros que iban solos o en familia.

Christian, un francés nacido en la frontera con Alemania, que conoció el nudismo en Europa, y que es el vicepresidente del club NAT, llegó a concurrir a Panda, y en 1990 fundó con Jorge Biagosch el club nudista NAT. Biagosch no conoció Panda pero sí a Christian en 1987 y buscando un terreno para una quinta encontró uno pegado al del francés, en Benavídez. Lo compró y en 1990 estaban fundando la asociación, de la que Biagosch es presidente desde 1992. Christian no quiere revelar su edad, pero es un amable y delgado señor mayor que, como casi todos los hombres, recorre el parque sólo con gorrita y alpargatas. "A mí me parece que el nudismo elimina un tabú, creo que es completamente absurdo que haya partes del cuerpo prohibidas y otras no; pero tampoco soy un fanático, en mi casa no estoy desnudo salvo cuando hace mucho calor. Además me parece bien para la crianza de los chicos: un muchacho que nunca ha visto a alguien desnudo le basta ver a una chica desnuda bonita para excitarse, en cambio uno que sí los vio se interesa por las cualidades propias de una chica." Las razones de Biagosch son más simples: desde chico sacarse la ropa lo hizo feliz. "En general –señala–, el elemento corporal es el más fuerte, pero como el nudismo está en contra de las normas culturales, para ser tolerado necesita justificativos extranudistas: filosóficos, psicológicos, como cualquier otra actividad no aceptada. Mi experiencia, después de haber hablado con las mil o dos mil personas que han venido acá, es que las motivaciones son muchísimas y cada una es válida. Para algunos es excitante y también es una buena razón."

Pero el NAT no está solo. Desde hace muy poquito, Rolando Hanglin, habitué del club, obtuvo personería jurídica para abrir su propio centro. Aún no está funcionando públicamente, pero los nudistas recibieron la noticia con alegría: cuanto más se extienda la práctica, menos incomprendidos serán.





UNA REVISTA PARA INICIADOS DE LOS AÑOS 30 Y MIEMBROS DEL ZORRO NATURE PARK DE INDIANA, DURANTE UNA BODA, EN 1963. EL POLICIA ES UN AMIGO.

sión del cuerpo humano desnudo me resultaba muy gratificante y yo sentía que tenía que ver con la alegría, la fuerza y el movimiento que trataba de recuperar. Pero era intuitivo, no había estado jamás en una playa nudista. La sensación provenía de mis relaciones sexuales con mujeres: me preguntaba cómo podía ser que ese cuerpo yo lo tuviera que ver solamente en el momento de hacer el amor." Mientras cuenta esto estamos sentados en un lugar alto, frente a la pileta, desde el que dominamos la escena. Agustín fuma con lentitud pero casi de corrido, habla suavemente y mira esos cuerpos femeninos que lo "hacen levitar" a través de unos antiguos anteojos cuadrados que no le sientan mal. Mientras habla, su mirada se pierde quién sabe en qué fantasía. "Lo que yo buscaba era un lugar donde la gente tuviera un contacto menos loco con el cuerpo. Si yo veo pendejos, veo pendejos; si me ven la pija me la ven; y si te miro el pezón es porque te lo estoy mirando. Está ahí y yo no lo miro de pasada."
Yo también miro mientras él habla. Pero

"En general se mira a los ojos, también mirás los pechos, el pubis o la cola de hombres y mujeres pero no con ánimo de criticar ni con perversidad"

mi mirada es genérica, quizá sea el pudor profundo de una crianza de género, quizá la tensión de la primera vez y de estar trabajando. No me detengo en un pene o un vello masculino, pero sí quizá en unos pechos o una cola femenina, me resultan más cercanas. Sin embargo, no conociendo aún los códigos temo incomodar, hacer algo incorrecto. Con el transcurso de la tarde descubriré que la tensión es propia y ajena, pero no por mostrarme desnuda sino por sentirme mirada. Podía ser nuestra simpatía puesta al servicio de penetrar sus mundos, la curiosidad de ellos por los nuevos, nuestras edades que bajaban el promedio. Mi propia incomodidad va en aumento a medida que descubro lo obvio: la ambigua condición humana. Muchos se deleitan en su mirada, aunque su lujo no pase más que por esta licencia. Acá no hay voyeurs masturbándose detrás de un pino, pero tampoco hay personas –básicamente hombres– mirando mariposas en vez de culos o tetas.

MI MUNDO PRIVADO

A pesar del vuelo rasante que me permiten las inhibiciones, percibo un ambiente socializado, alegre, lúdico. Casi todos se conocen, van de una reposera a otra, de las mesas de juego a la lona de los esposos o amigos. Y también me parece palpitar, en la pileta, a una pareja diferente. Nadan juntos, conversan, hay cierto relajamiento tenso en ella y un alerta de lince en él. Después ella nada sola mientras él la mira: movimientos armoniosos, sensuales. Se sientan a tomar sol, espalda contra espalda, ella sin mirar a nadie, él frente a una panorámica del club. Me acerco. Eligen llamarse Ana y Fernando, ella 42 y él 46, casados desde hace 20 años, dos hijos púberes. Parecen más jóvenes. Ella tiene un cuerpo agradable, sin anorexia pero tampoco empinadas caídas; él, en cambio, es flaco, atlético, musculoso, el tipo de hombre que cuida el corte de pelo desmechado y la barba rala. Los dos son lindos. "En nosotros el aspecto natural del nudismo es sólo una parte del interés que nos provoca, pesan mucho más las sensaciones y los posibles juegos o situaciones eróticas que se puedan dar; no somos para nada prototípicos de este ambiente" dice él, que lleva la iniciativa de la conversación. Es la primera vez que van al NAT, pero no es ésa la razón de su aislamiento. Es voluntario, porque ante nada, y sobre todo él, están a la pesca: de cuerpos bellos, de hombres o mujeres que los puedan excitar, de hipotéticas situaciones que la mente de él no deja de imaginar y, si se da, provocar. El nudismo es sólo uno más de los juegos que encontraron para que después de 20 años de matrimonio su sexualidad no se achanche como la de sus amigos. Van a bailar a lugares swingers por el erotismo del ambiente; él la filma –desnuda, vestida, sola, con otros– y luego hace películas que musicaliza y mira con placer; tratan de generar ambientes eróticos o sensuales con amigos aunque no tengan sexo con ellos, o de involucrar a terceros en situaciones ambiguas de las que ellos extraen, como vampiros, el fluido que los excita. Pero ninguno tiene sexo con otras personas, sus historias son de burbuja.
Intento hablar con Norma y rápidamente se amontonan alrededor un grupo de hombres que quieren opinar o simplemente escuchar. Ella reproduce el discurso habitual de los nudistas: "Es una filosofía de vida, una práctica muy cómoda que te da una sensación de libertad que no disfrutás en una playa común donde estás atenta a la celulitis, que no se te vea la raya. Acá cada uno se acepta como es y se disfruta. Y a la beba estoy tratando de criarla de manera que no tenga traumas con su cuerpo ni vergüenza de nuestra desnudez." Alberto, de 49 años, socio del NAT desde hace ocho, está sentado sobre una toalla, su frente es amplia y despejada y transmite sinceridad: "El nudismo te produce una apertura mental, comenzás a quererte a vos mismo. Uno siempre observa a los demás pero no a sí mismo y nos sentimos acomplejados de nuestro cuerpo, de esta forma lo aceptás. Además hay un nudismo de pareja o individual, que lo podés hacer en tu casa. Pero acá se hace nudismo social, estás con otros que vibran en la misma onda que vos, y este tipo de socialización es mucho más sincera, abierta, e inocente que la que se producía en un ámbito convencional".
Las mujeres hablaron muy poco. Si bien son menos, son en general reacias a hablar ... y a desvestirse también. "Cuesta más que empiecen, pero una vez que lo hacen son casi más entusiastas que nosotros" es la frase sobre la que hubo mayor coincidencia. Veo a una de unos 45 años, pelirroja, flaquita, le propongo charlar un rato, acepta pero después se retracta. Voy entonces hacia una rubia recostada en una reposera en la pileta, tiene la parte de abajo de la bikini: "Te agradezco, pero prefiero que busques a otra". Tanta disposición en los hombres y tan poca en las mujeres, ¿es sólo producto de la inhibición, o habría sido diferente si el entrevistador fuera un hombre, si no hubiéramos sido dos chicas que generamos la atención de sus maridos las que fuimos a hacer la nota? Recuerdo entonces que Agustín me señaló en un momento a un grupo de unas diez personas diciéndome que eran los más antiguos. Voy hacia allí suponiendo que alguna mujer será más accesible. Sentada en una reposera está Maris, con un pareo que la cubre momentáneamente de la cintura para abajo y unos enormes pechos cayendo en cascada sobre él. Está charlando con Carlos, un peluquero pelirrojo y fibroso. "Hace cinco años que practicamos nudismo con mi esposo. Empezamos en Jamaica, en un viaje en el que descubrimos que existían playas nudistas, y donde nos enteramos que había algo en Buenos Aires. Pero a esta altura creo que lo que nos motiva para venir es el grupo –dice con practicidad–. Yo soy nudista pero no voy a dejar de ponerme malla ni de ir a una playa que no sea nudista; voy a la que tengo ganas. No hay en mí ninguna motivación filosófica." Este interés por el grupo de pertenencia probablemente tiene que ver con que para la mayoría la asistencia al club es un placer privado, que no pueden compartir con familia o amigos, quienes en el mejor de los casos aceptan su opción y en el peor se escandalizan. "Yo lo que rescato es el respeto -aporta Carlos desde su amable rigidez–. Vos viste que yo estaba hablando con ella y no estaban ni mi mujer ni su marido, aunque están acá en el club. Después de tantos años nunca tuvimos problemas ningún matrimonio. Cuando vienen otras parejas, swingers por ejemplo, se van, porque se dan cuenta de que no hay cabida para ellos."
Son casi las siete de la tarde. Las mujeres ya están casi todas con la toallita, el pareo o la remera puestos. No sea cosa que del fanatismo se pase a la gripe. Me levanto para cumplir yo también la rutina del vestuario cuando escucho que uno de los antiguos, un hombre de panza gigante y pelo blanco, me grita desde unos metros más atrás, riendo: "Ustedes tendrían que venir otra vez, pero no a trabajar". Algo en él me recuerda a mi abuelo •



El nudismo fue practicado por muchísimas culturas. En un documento realizado por K. Bacher llamado *205 Argumentos y Observaciones en Apoyo del Naturismo* (una forma habitual de llamar al nudismo) se da cuenta de su práctica desde la Grecia antigua hasta la actualidad, señalando incluso que los baños ceremoniales relatados en el Antiguo Testamento, incluido el bautismo, se realizaban sin ropa. Los romanos se bañaban desnudos en los baños públicos y tampoco hubo oposición de los primeros cristianos. El rechazo de la Iglesia comenzó en el siglo IV aproximadamente y estuvo relacionado con el control de la sexualidad. También fue aceptado por la sociedad premedieval, particularmente en Gran Bretaña, y fue común durante la Edad Media y el Renacimiento en los baños públicos y dentro de las familias, e incluso en la era victoriana, antes de la invención del traje de baño, la gente se bañaba desnuda en el mar.
En la modernidad, su surgimiento se produjo a fines del siglo pasado en Alemania, y es ese pueblo, aún hoy, el más activo en su práctica, que en sus comienzos fue llamada *Nacktkultur* (cultura desnuda), mientras que los ingleses la denominaron *Gymnosophy*. También fueron influyentes las experiencias de algunas comunidades rurales norteamericanas, y en la década del 30 se lo practicaba en núcleos reducidos en casi todo el mundo sajón. El más importante difusor en Alemania fue Richard Ungewitter, que publicó, en 1905 *Die Nacktheit* (La desnudez). Sin embargo, quien es considerado el padre del nudismo es Heinrich Pudor (apellido por demás paradójico en este caso), un doctor en filosofía que ejercía como sociólogo e higienista en Dresden y que escribió un libro, publicado a fines del siglo pasado, llamado *La cultura del desnudo*, en el que explicaba los beneficios científicos de la desnudez y bajo cuyo paraguas argumentativo se inició el movimiento.
En la década del 30, antes de que su práctica se retraiga en Alemania debido al avance totalitarista, ya está expandido en otros países de Europa e incluso existen publicaciones como *Vivre*, en Francia, o *The Nudists*, en Estados Unidos, que lo fomentan. La gran explosión hacia el resto del planeta vendrá después de la Segunda Guerra Mundial, y en la actualidad en casi todos los países occidentales existen playas o clubes nudistas. Incluso Francia llegó al colmo del colonialismo –y para algunos de la desvirtuación de la práctica– con la creación de Cape d'Adge, una ciudad en la que viven entre 40.000 y 50.000 personas en la Costa Azul, construida a base de cemento, en la que hay comercios, cines, y discotecas a las que sólo se puede ir desnudo. Afuera los "textiles".

POLITICA

CONTRA LA XENOFOBIA

POR ALICIA OLIVEIRA*

La política de restricción migratoria que pretende poner en marcha el gobierno nacional supone imaginar un vínculo directo entre el problema de la inmigración ilegal y el de la seguridad urbana. De tal modo, las autoridades exhiben como una medida de protección la represión a los inmigrantes indocumentados, cuando en realidad lo que verdaderamente amenaza el bienestar de los habitantes es el elevado índice de desempleo y la exclusión social que padecen grandes sectores de la población, que incluye a extranjeros provenientes de países limítrofes, pero que fundamentalmente afecta a los argentinos.

Si el inconveniente, como expresa el Gobierno, es la clandestinidad de los inmigrantes, entonces lo que se debe hacer es legalizarlos, emprender una campaña oficial seria de documentación para que puedan ingresar regularmente al mercado laboral, y permitirles salir de esa marginación a la que ahora se hallan condenados.

En la Argentina, un país edificado por los inmigrantes, éstos pueden trabajar, ganar un salario, pagar los impuestos, aportar para su jubilación y consumir bienes, como cualquier argentino nativo. Algunos dirán que pueden competir por los puestos de trabajo, pero entonces el dilema es la falta de empleo y no la entrada ilícita de inmigrantes. De esta manera, la iniciativa oficial encara la cuestión contrariando las tendencias más modernas y democráticas en esta materia –como el proyecto de ley de ciudadanía que el flamante gobierno alemán acaba de enviar a su Parlamento–, que entienden que lo mejor es la regularización de la situación de los indocumentados.

En nuestro país rige una ley de migraciones sancionada durante la última dictadura militar (la 22.439, de 1981) que tiene una clara tendencia autoritaria y procuraría impedir la inmigración proveniente de países vecinos. Además el último plan de documentación realizado a partir del decreto 1033/92 constituyó una fuente inagotable de corrupción, ya que muchos inmigrantes abonaron hasta mil pesos a gestores que les entregaron documentos apócrifos. La Dirección de Migraciones fue, por lo menos, negligente en el control de estos delitos.

La legislación debe ser reformada para democratizarla y no para alentar la xenofobia, al tiempo que también es esencial impulsar un nuevo proceso masivo de inscripción en el Registro Nacional de las Personas, con las debidas garantías, para normalizar la condición de las personas que han ingresado en el país en los últimos años.

La Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, juntamente con el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), realizará un trabajo de investigación acerca de la situación legal de los inmigrantes que viven en la ciudad, rescatando sus puntos de vista acerca de las experiencias cotidianas de exclusión que soportan. En particular nos preocupa la ausencia de una política de documentación pues, como todos sabemos, no poseer documento equivale a no tener la posibilidad de ejercer derechos humanos fundamentales como el derecho al trabajo "en blanco", a la salud, a la educación y a la vivienda, entre otros. De igual forma, son muy alarmantes las falencias detectadas en el funcionamiento de los operativos de la Dirección Nacional de Migraciones, así como también en los allanamientos, las detenciones y los trámites de expulsión de extranjeros. El CELS relevó numerosos casos de niños extranjeros que, al no haber obtenido aún su documento argentino, no recibieron el certificado de estudios primarios, perdiendo de esta manera el año lectivo y la posibilidad de inscribirse en la escuela secundaria.

La Argentina no puede pretender ser segura transformándose en un distrito cerrado. La legitimación, y no la ilegalización, es la mejor manera de controlar el asunto y contribuir a una mejor y más segura calidad de vida. Integrar los sectores discriminados al conjunto de la sociedad, sean extranjeros o nativos, es la solución más razonable y equitativa que puede otorgarse al problema desde una visión democrática que no debe distinguir banderas ni razas.

*Defensora del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires.

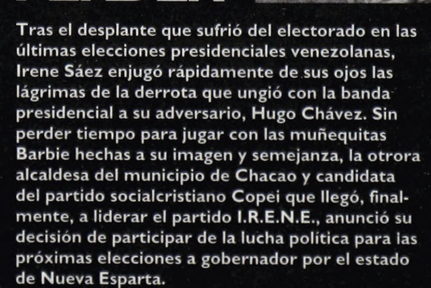
RAMOS GENERALES



GRANDE MA

"Sí, señores, tienen ustedes razón", aceptó poco antes de ser dejada en libertad Dámasa A. a los policías que la escuchaban con los ojos del tamaño de un plato. Los 76 años de la anciana confesaban ante los oficiales que sí, que era cómplice de los robos que su hijo, Smith & Wesson en mano, había perpetrado en al menos cinco restaurantes barceloneses para costear su adicción a las drogas duras, pero que había acompañado a su "niño para que no hiciera daño a nadie". Con 42 años, su niño había dejado escurrir de sus manos el dinero de su fábrica en los caminos de la cocaína y la heroína, y su madre, en su intento de ayudarlo, ya había agotado sus ahorros y los de sus conocidos en las dosis diarias. Un domingo, cuando no había a quién acudir, la mujer propuso "Anda, vámonos que yo te ayudo". Pero a pocos minutos del asalto fueron detenidos.

SABER PERDER



Tras el desplante que sufrió del electorado en las últimas elecciones presidenciales venezolanas, Irene Sáez enjugó rápidamente de sus ojos las lágrimas de la derrota que ungió con la banda presidencial a su adversario, Hugo Chávez. Sin perder tiempo para jugar con las muñequitas Barbie hechas a su imagen y semejanza, la otrora alcaldesa del municipio de Chacao y candidata del partido socialcristiano Copei que llegó, finalmente, a liderar el partido I.R.E.N.E., anunció su decisión de participar de la lucha política para las próximas elecciones a gobernador por el estado de Nueva Esparta.

LA CONCIENCIA DE UNA MISS

"No me siento culpable y no tengo nada que ocultar", aclaró con resolución de hierro Linor Abergil, Miss Israel recientemente devenida Miss Mundo. Sus cortos 19 años no impidieron a la reina de belleza ver con claridad en medio de la tormenta que una violación puede desatar en cualquiera: una vez que fue apresado su agresor –quien, a pesar de ostentar dos violaciones violentas en su currículum, había sido liberado tras la denuncia por la policía italiana sin que mediara un pedido de antecedentes–, autorizó sin dudar la difusión de la noticia. Abergil –que, además, sufrió un intento de asesinato luego de la violación–, lejos de clamar por compasión, explicó que la impulsó a hacer público su caso "el deseo de servir de ejemplo a muchas mujeres que soportan violaciones y actos de violencia, para que hagan la denuncia y eviten el problema".

Pompadour a la americana



"¡Perricholi! ¡Perra chola! ¡Perra mestiza!" se descargó Manuel de Amat, virrey del Perú, según Bertrand Villegas, descendiente de la poco recatada actriz colonial blanco de los calificativos. Enrolándose en la aún en boga corriente de novelas históricas, Villegas hurgó en bibliotecas y documentos de Lima, Londres y Nueva York para redescubrir la vida de Micaela Villegas, la actriz peruana que logró de su amante una carroza dorada; que inspiró a Jean Renoir, Merimée y Offenbach y que, al menos en la ficción, terminó sus días en los claustros de un convento que la conocieron como la hermana María del Rosario. El resultado son las supuestas memorias –*La Perricholi*, Editorial Sudamericana– que la "Pompadour de las Indias españolas" dedica a su hijo Manuel.

EL DETALLE

Sólo para locas



Atención: las perversas vamps, las muchachas tímidas que sólo necesitaban de una chispa que las convirtiera en émulas de Mata Hari y las temibles y clásicas femmes fatales exhalan sus últimos suspiros junto con el siglo. La última edición de la revista *Vogue* pregona a los cuatro vientos el nacimiento de las alquimistas futuristas, "cuatro fórmulas chamánicas para tumbar a los hombres". Para anotarse en alguna de ellas, sólo es preciso escoger entre, por ejemplo, la fogosa –de dorada piel sólo cubierta por una capa, como corresponde, color fuego–, la envenenadora –una "Eva maléfica que hipnotiza con su boca y paraliza con su veneno"–, la libertina –ingenua en su desnudez, adora jugar con diminutas camas dignas del Marqués de Sade–, o la ciber-amazona, suerte de pirata de capa, bikini, pata de palo y gancho en lugar de una mano en impactantes tonos dorados. Pero a no asustarse, semejantes augurios sólo pretenden ilustrar nuevas fragancias. Habrá que ver quién se atreve a sus resultados.

SEÑORAS Y SEÑORAS

Expropiada



Margaret Keane ha vuelto al ruedo con sus obras multicolores y fantásticas. A principios de los 70, Margaret llevó adelante un juicio contra Walter Keane, su ex marido, quien había saltado a la fama con unos impactantes dibujos de mujeres de ojos enormes que habían cautivado a más de una estrella hollywoodense. Sentencia judicial y cuatro millones de dólares como resarcimiento después, se supo que las creaciones eran pura y exclusivamente de Margaret. Actualmente, con más de setenta años y una galería de arte propia, Keane mantiene los ojos más abiertos que nunca, realiza exposiciones y continúa proponiendo imágenes infantilmente perturbadoras, como el retrato que el director Tim Burton le encargó de su esposa, Lisa Marie.

Los Divorcios de una BRUJA

REPORTAJE La artista Marcia Schvartz dice haberse enfrentado a lo largo de su vida a distintos divorcios: la psicodelia que aprendió en la escuela de arte estaba divorciada de la utopía de un mundo más justo que exigía compromiso político, la militancia del amor, el amor de su vocación de artista. Su inteligencia convirtió estas contradicciones en una usina creativa. Porque tiene la lengua larga algunos la consideran una bruja, ella se defiende diciendo que en todo caso es una bruja blanca porque en el fondo es un pan de Dios.

POR MARTA DILLON

Está arrepentida.

No bien termina la entrevista, se arrepiente de haber hablado. Como si lo único que estuviera dispuesta a mostrar fuera su pintura. Lo demás, opina, debería quedar sobreentendido, oculto detrás de esa ironía tan suya que le suelta la risa, como si temiera que sobre ella cayera esa mirada despiadada con la que construyó el universo de cada uno de sus retratos. Que de la pintora se vea sólo lo que ya ha sido transformado para que dé alivio. La materia prima es la emoción, y ésa, se sabe, siempre duele. Por eso Marcia busca refugio en el mar de colores en el que sabe nadar. Y antes de empezar a hablar presenta credenciales. Bajo las planchas de acero que sostienen su taller muy cerca del techo transparente que lo cubre, el sol baja hasta las telas. Sobre este entrepiso que deja pensar que se camina en el aire, ella se detiene: "Es erótico", dice del cuadro que muestra y arquea el cuerpo para dar paso a un cielo azul lamido de nubes blancas que reposa sobre un cuerpo de hombre, tendido en la base del lienzo. En los pezones masculinos, cardos punzantes; sobre las piernas color tierra, su sexo dorado, en reposo. Marcia se ríe con su risa loca, de las formas que cuesta distinguir después del golpe de color. Trajo la inspiración desde Salta para pintar esa imagen, hacia el norte apunta ahora su deseo de mujer, la misma urgencia que siempre la llevó de las narices detrás del amor de un hombre.

–La historia de mi vida es la búsqueda de una poética. O de un hombre. No sé cómo bajarme ya de ese caballo. Y encima me gustan siempre los bichos raros. Dos veces en Brasil y una en Cuba me dijeron que yo era Santa Bárbara, y durante mucho tiempo le prendí velas, le ofrecí rosas rojas y hasta champagne cuando quería hombres. Años más tarde me di cuenta de que estaba adorando a la patrona de los amores imposibles. Ahora, por lo menos, aprendí que ya no es necesario irse a vivir con el bicho raro una vez que te gustó. Pero eso es nuevo, toda la vida estuve en pareja. Este es el primer año que paso sola con mi hijo.

Los hombres, dice, son la tentación en la que se enreda su destino. No parece estar hablando en serio, pero tampoco se podría decir que es un chiste. Desde que se acuerda estuvo debatiéndose entre dos extremos, la pasión y la caída. Y cuando habla de su vida habla de distintos divorcios: la psicodelia que aprendió en la escuela de arte estaba divorciada de la utopía de un mundo más justo, el desenfreno de la militancia, la militancia del amor, el amor –en menor medida– se divorciaba de su vocación de artista. Y pintar estuvo mucho tiempo divorciado de la posibilidad de ganarse la vida con su arte. Ahora, a los 43 y con un hijo adolescente está encontrando un equilibrio del que disfruta abrazada a sus pinceles y a la certeza de que puede seguir adelante. Seguir a pesar de las ausencias que marcaron su vida. Cuenta con su fama de chica brava y una obra que la ubicó entre las mejores pintoras del país. Y con sus plantas, una flora urbana exuberante que es imposible adivinar detrás de la puerta amarilla que la separa del barrio del que se está despidiendo: el Abasto.

> "¿Cómo se sigue adelante cuando los chicos crecen y crece el fantasma de que tal vez lo mejor ya lo hice? Hay que tener unas pelotas de acero para madurar, porque es horrible."

–Mudarme es como empezar de nuevo. Desde que volví de España que vivo en esta casa y ahora me parece que recién estoy llegando.

En Barcelona pasó sus años de exilio, cuando todavía no había terminado su adolescencia. "Yo era la auténtica perejila, un término de mierda porque la mitad de los desaparecidos eran perejiles. Y yo entonces no me sentía así, tenía un gran compromiso, algo se estaba gestando y me sentía muy orgullosa de ser parte de eso. Trabajaba como pinche en una agencia de publicidad, sólo para conseguir meter un delegado del sindicato. Y lo logré. Cuando me echaron iba a militar a Villa Pueyrredón, con un par de chicos muy católicos. Hacíamos serigrafías con mi amiga Nilda Fernández –hoy desaparecida– y las repartíamos en la villa desde una parroquia".

Pocas veces Marcia recuerda su época de militante, aunque dice que nunca pasó del todo esa época. Tanto que hace pocos días se encontró con un compañero que manejaba un taxi y se quedaron horas charlando, haciendo planes en el aire para asesinar a alguien, famoso por haber entregado decenas de compañeros.

–¿Lo harías, matarías a alguien ahora?

–Por supuesto que no. Es una fantasía, pero todavía sueño con ese gordo hijo de puta, Alfredo. Ese encuentro es una prueba más de que las cosas todavía no terminaron de pasar, todo vuelve. Como volvió mi amiga Nilda a un cuadro que pinté hace poco, era como si se me hubiera aparecido. Durante algún tiempo tuve muy borrados esos años. Todo era bastante esquizofrénico, porque yo venía de la escuela de Bellas Artes –que nunca terminé– y ahí había otras búsquedas, fumábamos porro, tomábamos ácidos, hicimos nuestro viaje hacia el norte siguiendo el Camino del Inca. Pero me acuerdo que en el '73, cuando ganó Cámpora, yo estaba en Manaos y me quería morir porque sentía que tenía que estar participando de las transformaciones.

–¿En algún momento pudiste unir las dos experiencias?

–No, no podía sintetizar nada. Pero no era la única. Mi compañero, por ejemplo, militaba en Burzaco y tenía en el placard un zapato lleno de porro que no me lo podía mostrar ni a mí, lo tuve que descubrir. No había que mostrar ninguna debilidad capitalista, ni siquiera en la intimidad. Imaginate que en casa estuvo clandestina una pareja con un nene de un año y medio y ella con un bombo de siete meses. El tipo había sido uno de los responsables de la JP y estaba convertido en un pinche porque le había metido los cuernos a esta mina. Y ellos acataban. Estaban clandestinos y cumplían con el mandato de procrear, traer hijos al mundo para que disfrutaran de la revolución. El martirologio era una gran tentación.

–¿Y la pintura?

–Siempre pinté, desde muy chica mi vocación es clarísima, pero entonces también estaba divorciada esa actividad de la militancia. Nunca dejé de dibujar, pero exponer en una galería estaba muy reñido con el trabajo en la villa. Eso intenté explicarle al hijo de un compañero desaparecido que vino a verme y sabía muy poco del padre. Incluso pude mostrarle algunas de sus pinturas. Eran cuadros psicodélicos, muy poéticos, llenos de color, abstractos, algo que no se esperaba de un militante.

La decisión de ir al exilio fue de su compañero. Ella lo siguió, sin estar del todo convencida. "El se había quebrado y eso le costó muchísimo internamente". Llegaron a España sin nada por hacer, Marcia, además, sin saber qué hacer porque su lugar, para ella, seguía en la Argentina. Entonces, a los seis meses volvió. Pero ya nada era como antes, "el mundo había desaparecido". Nunca pudo encontrarse con la gente de su grupo. Le dieron un par de citas que no se cumplieron. Su amiga Nilda había caído. Y también el responsable de su grupo, un joven de 18. Pintar fue lo único que pudo hacer.

MARCOS ADANDIA

Fueron seis meses de "mucha angustia y mucha producción" antes de volver a España después de que le allanaron la casa. "La angustia siempre fue una gran usina para mí, yo pinto porque me mueven los sentimientos. Me levanto con algo en el pecho y después el color me envuelve, dejo de pensar". Schvartz habla y las manos se mueven como si estuvieran frente a la tela. Viendo a sus ojos que casi se salen de las órbitas cuando relata la felicidad que le da encontrar un color es fácil creer que hay magia en su arte y que ella misma es "una bruja, pero una bruja blanca, porque en el fondo soy muy buena".

–¿Por qué entonces te sigue esa fama de bruja mala?

–Es una estupidez. Lo que pasa es que nunca me callo la boca y pago el precio. Hay gente muy boluda que no entiende que la pintura es cosa seria. ¿De qué hablan cuando dicen que alguien vende a tal precio o a tal otro? Hay demasiados monos bailando al ritmo de ese tambor. Tengo fama de lengua larga y poco diplomática, tal vez si me hubiera callado a tiempo, si hubiera asistido a más cenas, a lo mejor me iría mejor. Pero no me quejo. Aprendí a vender mis cuadros y ahora vivo de eso, que es mucho. Tampoco cultivo fantasías ridículas, ni auto tengo. Pero sí el derecho a tener mi platita para vivir y cuidar a mi nene. No quiero ser rica y me molestaría estar nadando en guita.

SOBREVIVIR

Los que saben de plástica dicen que Marcia Schvartz tuvo el mundo en sus manos y lo dejó ir. Sus retratos, una verdadera galería de los personajes de los ochenta, dicen, son el núcleo de su obra. Pero ella no siguió el camino conocido. Quiso más. Dejó el modelo vivo y alumbró las fantasías que poblaban su imaginario. Así surgió la serie de "los morochos", hombres rudos de bocas encarnadas, retratos de sus amores en el espejo de lo cotidiano. Después siguieron las mujeres. Indias que se bañaban en el río y descubrían en el agua el secreto de su femineidad. Mucho después aparecen los cactus y con ellos la búsqueda de su secreto: sobrevivir en cualquier medio, ser una planta pinchuda y hostil que de pronto da una flor que lo tiñe todo del color de estar vivo. Cada cuadro tiene su historia, y algunas son tan queridas que jamás los vendería. Uno de ellos es *El agua que sueña*, la despedida a su amiga Liliana Maresca, muerta de sida en noviembre de 1994.

–Para mí fue muy duro. Su muerte es uno de los hitos de mi vida porque estábamos muy cerca, cuando hablo de ella no puedo dejar de hablar de mí. Me hizo pensar muchas cosas. Una fue entender la renuncia, eso de bajarse del caballo en algún momento, la muerte joven. Lili odiaba a los viejos, le tenía mucho miedo a envejecer. Y es un miedo que todos tenemos, sólo que ella dijo 'fui joven, hermosa, una estrella fulgurante y me voy'. Yo también era joven, hermosa –no tanto– y tengo que seguir. ¿Y cómo hago? ¿Cómo se sigue adelante cuando los chicos crecen y crece el fantasma de que tal vez lo mejor ya lo hice? Hay que tener unas pelotas de acero para madurar, porque es horrible. Pero bueno, estoy siguiendo.

–¿Alguna vez asociaste la pérdida de los amigos durante la dictadura con las pérdidas que trajo el sida?

–Siempre. Fueron como dos etapas. Ya en los 80, en España, lo empecé a sentir. Al principio de cada etapa era una fiesta. Y después la muerte. En Barcelona perdí muchos amigos por la heroína, y fue así. Empezamos tomando cerveza, cagándonos de risa, fumando hachís y después se radicalizó todo y la gente se moría como moscas.

–¿Usaste heroína?

–Una vez jalé caballo, pero picarme jamás. Porque en el fondo soy una cagona, y saber eso también es terrible. Ahora puedo decir que el miedo me salvó pero no lo puedo vivir así. En los setenta me pasó lo mismo. Mi amiga Nilda se comprometió con todo pero yo siempre estaba con una pata afuera. Aparentemente soy una persona audaz, pero mi sensación interna es otra y es tremendo convivir con eso.

Después de la muerte de Liliana, Marcia volvió a partir en busca de una nueva poética. Otro hombre la acompañaba en este viaje al norte de Córdoba y con él y su hijo quiso vivir el sueño "de montar el ranchito, plantar verduras, criar al nene, tener mi propio jardín de cactus, pero bueno, eran fantasías". Así como una vez el río –cuando tenía la casa en el Tigre– la atrapó con su metáfora de la vida, en ese momento fueron los cactus los que atraían a sus pinceles. "También empecé a leer a Gaston Bachelard y de pronto sentí que todo cerraba. El dice que no hace falta nada para que cualquiera entienda que el río es la vida que pasa y se va, cualquier indio de Etiopía puede acercarse al agua, ver las algas en el fondo y pensar en la cabellera de un joven. No hace falta leer a Shakespeare para entender el mito de Ofelia. Meterte en el agua, además, es meterte en el útero, y es la leche. Por eso las mujeres, porque en ellas veía el principio y el fin. Entendí que la muerte es joven y es también erótica. Y también un cactus es un cactus y cualquiera lo puede ver como un sobreviviente. Y una piedra es una piedra. Eso fue lo que entendí, hay grandes verdades más allá de todo, más allá de las palabras y de los teóricos" ●

CULTURA **Las superheroín[...] historia, el ideal masculino[...] Es por eso que hacerse fan[...] vez mujer, es una tarea bas[...] de la corrección política pu[...] ¿pero a quién le importa? D[...] nista Gloria Steinem termi[...] Carter, "La mujer maravill[...] revista que dirige: "Ms.".**



MEGACHICAS

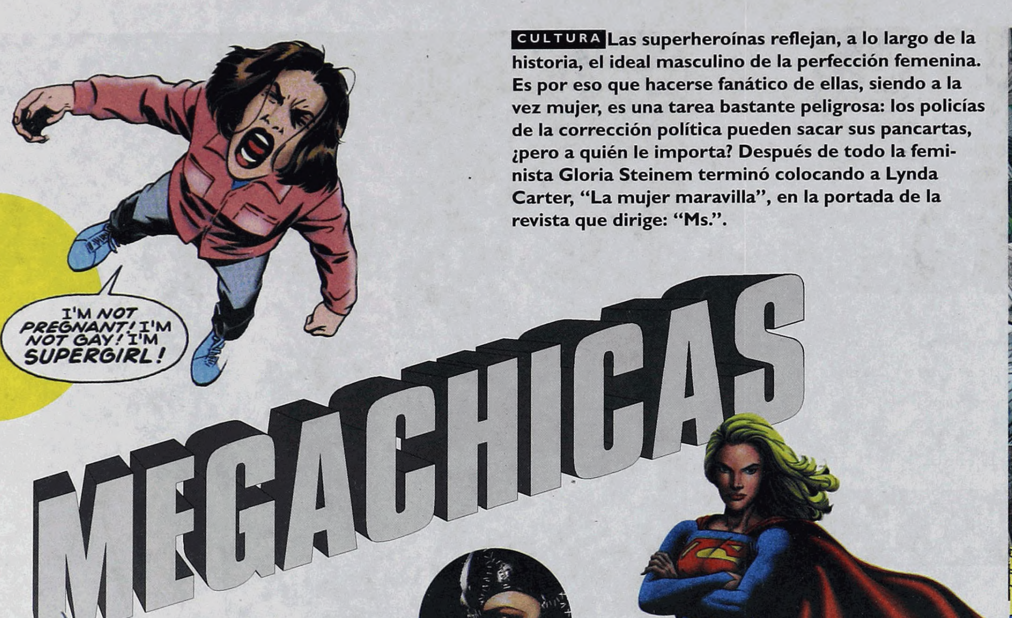
POR DOLORES GRAÑA

Las superheroínas son algo difícil de encontrar. Pero ciertamente terminan siendo más interesantes que sus más abundantes contrapartes masculinas. ¿Por qué? Porque, en realidad, son un lujo innecesario. Como si las heroínas fueran esos actores que se distinguen por sus flexibilidades interpretativas, condenados precisamente por su pericia a ser eternos amigos o familiares de los protagonistas. Dado su carácter de innecesarias –o simplemente optativas– deben nacer con un mundo propio, características únicas e irrepetibles y una gran dosis de encanto, porque si no, es preferible que sean hombres. Lo más extraño es que las chicas heroínas (*sheroes* es el término, en inglés) jamás estuvieron pensadas para el deleite, identificación y posterior euforia de las chicuelas de todas las épocas.

La primera superheroína moderna –ficción, por supuesto– es *La mujer maravilla*, creada en 1942 por William Moulton Marston, una eminencia de la psicología norteamericana de principios de siglo que, en realidad no pasó a la fama por la supermujer, sino por inventar el detector de mentiras. Resulta que el Dr. Marston escribió un larguísimo artículo en una revista médica defenestrando el papel de las tiras cómicas en la psiquis de sus jóvenes y por consiguiente impresionables lectores. Los responsables de DC Comics, atinadamente, consideraron que, en realidad, todo el ataque tenía como objetivo que alguien le ofreciera al científico un lugar en su revista. Así fue. Mezclando mitos grecorromanos, ciencia ficción y protofeminismo, Marston y el dibujante Harry Peter crearon la historia de Diana, la hija de Hipólita, reina de las amazonas. Su pueblo vivía feliz y contento en Paradise Island, a salvo de las miserias y pequeñas felicidades humanas en su carácter de inmortales hasta que un día el equilibrio fue quebrado en la figura de Steve Trevor, cuyo avión se estrella en medio de la selva. Cuando Stevie recupera el conocimiento, no puede creer la suerte que tiene, pero, fiel a su deber de soldado en medio de la Segunda Guerra Mundial, le pide a Hipólita que lo deje partir para seguir combatiendo a la amenaza nazi. La reina no sólo accede, sino que además decreta que su hija lo acompañará de vuelta a su tierra, para luchar por "los Estados Unidos, el único reducto de la democracia y por la igualdad de la mujer" (que al parecer no estaba contemplada en la parte de "último reducto de la democracia"). Diana es inmortal pero accede, a pedido de Steve, a adquirir una vida humana normal, bajo el nombre de Diana Prince. El éxito de "La Mujer Maravilla" fue inmediato, siendo incorporada a la Liga de la Justicia (suerte de mutual de superhéroes) aunque en el humilde cargo de secretaria, a pesar de que en ese momento vendía más comics que Superman y Batman juntos. Según Harry Peter –quien tenía constantes roces con el autor a la hora de ponerse de acuerdo con la personalidad de la heroína–, la particular idiosincrasia de Marston fue la clave del suceso: "El secreto de la supremacía femenina para William era someterse hábilmente a la dominación masculina". En el número 6 de "La Mujer Maravilla" puede observarse no menos de 15 cuadritos de *bondage*, varios de ellos con múltiples prisioneras. Los niños debían considerarlos situaciones de captura y escape, pero los adultos comenzaron a sospechar que la idea detrás de la Mujer Maravilla no era precisamente reivindicar la igualdad de las mujeres. Cuando Marston murió, en 1947, la popularidad del personaje cayó en picada, siendo relegada a apariciones secundarias en otras tiras, o a participar de las sagas de los Superamigos. En 1977, la CBS comenzó a producir una serie sobre el personaje en el que ya no combatía a pérfidas-nazis-que-seducen-a-altos-oficiales-de-inteligencia-aliados-y-no-se-liman-las-uñas, sino que era una nueva versión de Superman, con Lynda Carter como la miope y eficiente Diana Prince y la mujer de acero con lazo y avión invisible, más una jovencísima Debra Winger como Drusilla, su hermana menor y Chica Maravilla. La serie era totalmente inofensiva y hasta ridícula si se quiere, pero causó muchísimo impacto en su momento, tanto para colocar a su protagonista en la tapa del primer número de la revista *Ms.* dirigida por Gloria Steinem. En 1987, cuando la DC Comics decidió deshacerse de Diana Prince, del lazo de la verdad y –fundamental– del estupidísimo avión, se armó un revuelo de proporciones sólo comparables con la muerte de Superman al año siguiente, pero la caída de su tirada era irreversible. Las amazonas se habían vuelto *out.*

LA BRUJA: ESE CLÁSICO

En la década del 60, la televisión comenzó a reeditar la versión de la mujer con poderes quizás más antigua que existe: la bruja. Pero, a diferencia de las novelas góticas y las alegorías macartistas, las brujas televisivas eran extremadamente buenas, aunque también mucho más rebeldes que sus maridos humanos. La Samantha de *Hechizada* era una versión sesentista del personaje de Veronica Lake en *Me casé con una bruja*, de René Clair, en donde interpretaba a una hechicera que volvía de la muerte para vengarse de los descendientes de la familia que la había quemado en la hoguera en su pueblo natal: Salem, Massachusetts. Por supuesto todo terminaba con Veronica debiendo reconocer que estaba enamorada del vástago a quien venía a destruir, que –al igual que en la serie– distaba de estar a su altura. O como Kim Novak en *Bell, Book and Candle* en la que perdía sus poderes para poder vivir con James Stewart. Pero el personaje de Elizabeth Montgomery estaba dotado de un entorno que superaba con creces a su competidor de la época –*Mi bella genio*, creada por Sidney Sheldon e interpretada por Barbara Eden, la perfecta esposa de un astronauta–, la suegra recién salidita del aquelarre, el marido irresistiblemente bobalicón, el fruncimiento de nariz que lo arreglaba todo: la casa, los entuertos domésticos, el odio profundo del gato contra todo lo que se sintiera remotamente humano. Sin embargo, ambas series conspiraban con la única condición que



CULTURA **Las superheroínas reflejan, a lo largo de la historia, el ideal masculino de la perfección femenina. Es por eso que hacerse fanático de ellas, siendo a la vez mujer, es una tarea bastante peligrosa: los policías de la corrección política pueden sacar sus pancartas, ¿pero a quién le importa? Después de todo la feminista Gloria Steinem terminó colocando a Lynda Carter, "La mujer maravilla", en la portada de la revista que dirige: "Ms.".**

MEGACHICAS





POR DOLORES GRAÑA

Las superheroínas son algo difícil de encontrar. Pero ciertamente terminan siendo más interesantes que sus más abundantes contrapartes masculinas. ¿Por qué? Porque, en realidad, son un lujo innecesario. Como si las heroínas fueran esos actores que se distinguen por sus flexibilidades interpretativas, condenados precisamente por su pericia a ser eternos amigos o familiares de los protagonistas. Dado su carácter de innecesarias –o simplemente optativas– deben nacer con un mundo propio, características únicas e irrepetibles y una gran dosis de encanto, porque si no, es preferible que sean hombres. Lo más extraño es que las chicas heroínas (*sheroes* es el término, en inglés) jamás estuvieron pensadas para el deleite, identificación y posterior euforia de las chicuelas de todas las épocas.

La primera superheroína moderna –ficción, por supuesto– es *La mujer maravilla*, creada en 1942 por William Moulton Marston, una eminencia de la psicología norteamericana de principios de siglo que, en realidad no pasó a la fama por la supermujer, sino por inventar el detector de mentiras. Resulta que el Dr. Marston escribió un larguísimo artículo en una revista médica defenestrando el papel de las tiras cómicas en la psiquis de sus jóvenes y por consiguiente impresionables lectores. Los responsables de DC Comics, atinadamente, consideraron que, en realidad, todo el ataque tenía como objetivo que alguien le ofreciera al científico un lugar en su revista. Así fue. Mezclando mitos grecorromanos, ciencia ficción y protofeminismo, Marston y el dibujante Harry Peter crearon la historia de Diana, la hija de Hipólita, reina de las amazonas. Su pueblo vivía feliz y contento en Paradise Island, a salvo de las miserias y pequeñas felicidades humanas en su carácter de inmortales hasta que un día el equilibrio fue quebrado en la figura de Steve Trevor, cuyo avión se estrella en medio de la selva. Cuando Stevie recupera el conocimiento, no puede creer la suerte que tiene, pero, fiel a su deber de soldado en medio de la Segunda Guerra Mundial, le pide a Hipólita que lo deje partir para seguir combatiendo a la amenaza nazi. La reina no sólo accede, sino que además decreta que su hija lo acompañará de vuelta a su tierra, para luchar por "los Estados Unidos, el único reducto de la democracia y por la igualdad de la mujer" (que al parecer no estaba contemplada en la parte de "último reducto de la democracia"). Diana es inmortal pero accede, a pedido de Steve, a adquirir una vida humana normal, bajo el nombre de Diana Prince. El éxito de "La Mujer Maravilla" fue inmediato, siendo incorporada a la Liga de la Justicia (suerte de mutual de superhéroes) aunque en el humilde cargo de secretaria, a pesar de que en ese momento vendía más comics que Superman y Batman juntos. Según Harry Peter –quien tenía constantes roces con el autor a la hora de ponerse de acuerdo con la personalidad de la heroína–, la particular idiosincrasia de Marston fue la clave del suceso: "El secreto de la supremacía femenina para William era someterse hábilmente a la dominación masculina". En el número 6 de "La Mujer Maravilla" puede observarse no menos de 15 cuadritos de *bondage*, varios de ellos con múltiples prisioneras. Los niños debían considerarlos situaciones de captura y escape, pero los adultos comenzaron a sospechar que la idea detrás de la Mujer Maravilla no era precisamente reivindicar la igualdad de las mujeres. Cuando Marston murió, en 1947, la popularidad del personaje cayó en picada, siendo relegada a apariciones secundarias en otras tiras, o a participar de las sagas de los Superamigos. En 1977, la CBS comenzó a producir una serie sobre el personaje en el que ya no combatía a pérfidas-nazis-que-seducen-a-altos-oficiales-de-inteligencia-aliados-y-no-se-liman-las-uñas, sino que era una nueva versión de Superman, con Lynda Carter como la miope y eficiente Diana Prince y la mujer de acero con lazo y avión invisible, más una jovencísima Debra Winger como Drusilla, su hermana menor y Chica Maravilla. La serie era totalmente inofensiva y hasta ridícula si sequiere, pero causó muchísimo impacto en su momento, tanto para colocar a su protagonista en la tapa del primer número de la revista *Ms.* dirigida por Gloria Steinem. En 1987, cuando la DC Comics decidió deshacerse de Diana Prince, del lazo de la verdad y –fundamental– del estupidísimo avión, se armó un revuelo de proporciones sólo comparables con la muerte de Superman al año siguiente, pero la caída de su tirada era irreversible. Las amazonas se habían vuelto *out*.

LA BRUJA: ESE CLÁSICO

En la década del 60, la televisión comenzó a reeditar la versión de la mujer con poderes quizás más antigua que existe: la bruja. Pero, a diferencia de las novelas góticas y las alegorías macartistas, las brujas televisivas eran extremadamente buenas, aunque también mucho más rebeldes que sus maridos humanos. La Samantha de *Hechizada* era una versión sesentista del personaje de Veronica Lake en *Me casé con una bruja*, de René Clair, en donde interpretaba a una hechicera que volvía de la muerte para vengarse de los descendientes de la familia que la había quemado en la hoguera en su pueblo natal: Salem, Massachusetts. Por supuesto todo terminaba con Veronica debiendo reconocer que estaba enamorada del vástago a quien venía a destruir, que –al igual que en la serie– distaba de estar a su altura. O como Kim Novak en *Bell, Book and Candle* en la que perdía sus poderes para poder vivir con James Stewart. Pero el personaje de Elizabeth Montgomery estaba dotado de un entorno que superaba con creces a su competidor de la época –*Mi bella genio*, creada por Sidney Sheldon e interpretada por Barbara Eden, la perfecta esposa de un astronauta–, la suegra recién salidita del aquelarre, el marido irresistiblemente bobalicón, el fruncimiento de nariz que lo arreglaba todo: la casa, los entuertos domésticos, el odio profundo del gato contra todo lo que se sintiera remotamente humano. Sin embargo, ambas series conspiraban con la única condición que debe portar una superheroína para ser tal: el misterio. A diferencia de los superhéroes tradicionales, sobre los cuales conocemos hasta las más mínimas idiosincrasias y cómo llegaron a convertirse en lo que son, las heroínas siempre deben mantener una porción de su vida oculta, generalmente la más interesante, la que todos se desviven por conocer: el momento en que dejaron de ser mujeres para transformarse en chicas de carrera sobrenatural. Lo que redundaba en profesiones que, quizás, no fueran las que preferían sus padres –otro elemento disonante, porque casi ninguna de ellas lo tiene–. O mejor, nosotros asistimos a su muerte como pena necesaria para que las pocas dudas que les quedan a sus hijas sobre su destino de gloria se desvanezcan para siempre.

Gatúbela, por ejemplo, es un caso de manual. Encarna todas las fantasías y debilidades prototípicas del hombre moderno (léase Batman). Pero nada se sabe de ella, ni cómo se llama, ni qué hace en los pocos momentos en los que no se dedica a descalabrar el desorden casi mítico de Ciudad Gótica. *Catwoman* apareció por primera vez en el número 2 de *Batman*, en el que no se especificaba demasiado sobre su vida anterior a Gatúbela, salvo que su nombre verdadero era Selina Kyle, una ladrona de joyas que se disfrazaba con máscaras, pero aún no tenía el *catsuit* que la llevaría a la fama. La única explicación sobre su comportamiento anormal era que "el chauvinismo masculino la había empujado al crimen". No parece un comienzo demasiado auspicioso, pero Gatúbela, con sus intenciones poco claras para con Batman y el Bien, cautivó a generaciones de jóvenes lectores, especialmente desde la serie televisiva de los 60, en donde Julie Newmar por poco le hacía volcar el proverbial vaso de leche doble que se proveía el Enmascarado en tugurios de mala muerte. En 1992, luego del éxito de *Batman*, Tim Burton decidió incluir a Gatúbela en *Batman regresa*, sin duda la mejor de la saga gracias a la inquietante performance de Michelle Pfeiffer. Al año siguiente, se rumoreaba que el ambiguo final de la película en la que después de cientos de encuentros –tanto como los de la pareja Selina Kyle-Bruno Díaz o los de los archirrivales Gatúbela-Batman– ella terminaba casi muerta y él bastante deprimido, se filmaría una nueva entrega con ella como protagonista, dirigida por el propio Burton, quien confesó que su simpatía siempre estaba del lado de los malos. Esto finalmente no sucedió, pero en 1993 Gatúbela inauguró su propia revista, en donde se dedica a hacer lo propio: robar joyas, suspirar por Batman, volver locos a todos los hombres de Ciudad Gótica y hacer una o dos buenas acciones por capítulo tratando de que nadie se entere. El verdadero encanto de Gatúbela es seguramente su capacidad para ser mala sin ser maligna, perversa sin ser desagradable, y enamorada sin ser sumisa.

PARIENTES POBRES

En otra categoría se ubican las heroínas que deben su existencia a la necesidad de seguir ampliando la familia de los dos megahéroes del siglo XX: Batman y Superman, los que adoptaron, más o menos para la misma época, dos hermanitas bajo los imaginativos nombres de batalla de Batichica (que se hizo famosa únicamente por sus participaciones en la serie de TV) y Superchica, que nació en 1959 como Kara, la prima de Superman que también fue enviada a la Tierra en un cohete de Krypton. Su primo la envió a un orfanato como Linda Lee hasta 1962 (lo que no hablaba demasiado bien de sus intenciones declaradas de cuidarla como "un hermano mayor") cuando anunció al mundo que la familia Superman había ganado otro paladín de la justicia. Así que Kara comenzó a asistir a la secundaria, llevando una vida bastante normal, saliendo con chicos que ignoraban su identidad y, por sobre todo, librando a Leeburg, su ciudad natal, de los malhechores que nunca faltan. Superchica es una mezcla de Betty y Verónica de *Archie*, pero sin su benemérita capacidad de criticar y chismorrear sobre todo lo que la rodea. Una niña buena, prolija, simpática, con visión de rayos X y agente del Bien. En definitiva, una *all american girl*. Y por eso bastante aburrida. Eso si dejamos fuera al encantador Krypto, el Superperro que comparte con Superchico.

Existen también las heroínas sin poderes sobrenaturales pero con una gran dosis de inteligencia y encanto que las hacen merecedoras de un lugar en el panteón: la agente 99 que componía Barbara Feldon en el "Superagente 86", condenada a pasar toda la eternidad primero soportando las inoperancias de Maxwell Smart y luego al propio Maxwell Smart como marido. O "La Mujer biónica" que encarnaba Lindsay Wagner en la televisión, en un papel que parecía limitado a correr durante tres cuartas partes de la serie. Jamás podría obviarse, por supuesto, a la Sra. Emma Peel, doctora en antropología, y la mejor agente secreto que engrosara alguna vez las filas del MI-5. Y de cualquier agencia, para ser sinceros.

En los 90, la cibernética Lara Croft del juego electrónico *Tomb Raider*, con su personalidad Indiana Jones-Terminator-Mata Hari, parece haber sido inspirada por la Linda Hamilton de la película de James Cameron, con tanto éxito que se habla de una versión cinematográfica. Pero sin dudas, la heroína sin poderes más poderosa de nuestra década se llama Dana Scully, y trabaja en unos casos bastante rocambolescos dentro del FBI que se han dado en llamar *Los expedientes X*. El personaje que interpreta Gillian Anderson fue calcado en un principio de la Clarice Sterling de *El silencio de los inocentes*. Pero las cosas terminaron siendo muy diferentes: la científica que observaba incrédula cómo su compañero Fox Mulder buscaba invisibles pruebas de la existencia de extraterrestres terminó siendo secuestrada por esos mismos enanitos verdes, comenzó a creer en Dios, tuvo una hija y la perdió. Mientras tanto, ambos terminaron despedidos y con los archivos incendiados por manos misteriosas. Y Dana Scully se volvió leyenda. Televisiva, al menos.

Las superheroínas reflejan, a lo largo de la historia, el ideal masculino de la perfección femenina. La historia de las heroínas entonces, como un detallado croquis de las falencias de las mujeres normales en cada una de las épocas. Es por eso que ser fanático de las superheroínas siendo a la vez mujer es una tarea bastante ardua, es gustar de algo que cualquiera debe juzgar supuestamente como trillado, irreal y sexista. Apesar de todo esto, o quizás por eso mismo, siguen apareciendo cada vez más. Un poco porque son la mejor parte de cada uno y, a la vez, la imagen aumentada mil veces de nosotros mismos. Y otro tanto, porque todos necesitamos tener héroes. O heroínas

…as reflejan, a lo largo de la … de la perfección femenina. …ático de ellas, siendo a la …stante peligrosa: los policías …ueden sacar sus pancartas, …Después de todo la femi… …inó colocando a Lynda …a", en la portada de la





debe portar una superheroína para ser tal: el misterio. A diferencia de los superhéroes tradicionales, sobre los cuales conocemos hasta las más mínimas idiosincrasias y cómo llegaron a convertirse en lo que son, las heroínas siempre deben mantener una porción de su vida oculta, generalmente la más interesante, la que todos se desviven por conocer: el momento en que dejaron de ser mujeres para transformarse en chicas de carrera sobrenatural. Lo que redundaba en profesiones que, quizás, no fueran las que preferían sus padres –otro elemento disonante, porque casi ninguna de ellas lo tiene–. O mejor, nosotros asistimos a su muerte como pena necesaria para que las pocas dudas que les quedan a sus hijas sobre su destino de gloria se desvanezcan para siempre.

Gatúbela, por ejemplo, es un caso de manual. Encarna todas las fantasías y debilidades prototípicas del hombre moderno (léase Batman). Pero nada se sabe de ella, ni cómo se llama, ni qué hace en los pocos momentos en los que no se dedica a descalabrar el desorden casi mítico de Ciudad Gótica. *Catwoman* apareció por primera vez en el número 2 de *Batman*, en el que no se especificaba demasiado sobre su vida anterior a Gatúbela, salvo que su nombre verdadero era Selina Kyle, una ladrona de joyas que se disfrazaba con máscaras, pero aún no tenía el *catsuit* que la llevaría a la fama. La única explicación sobre su comportamiento anormal era que "el chauvinismo masculino la había empujado al crimen". No parece un comienzo demasiado auspicioso, pero Gatúbela, con sus intenciones poco claras para con Batman y el Bien, cautivó a generaciones de jóvenes lectores, especialmente desde la serie televisiva de los 60, en donde Julie Newmar por poco le hacía volcar el proverbial vaso de leche doble que se proveía el Enmascarado en tugurios de mala muerte. En 1992, luego del éxito de *Batman*, Tim Burton decidió incluir a Gatúbela en *Batman regresa*, sin duda la mejor de la saga gracias a la inquietante performance de Michelle Pfeiffer. Al año siguiente, se rumoreaba que el ambiguo final de la película en la que después de cientos de encuentros –tanto como los de la pareja Selina Kyle-Bruno Díaz o los de los archirrivales Gatúbela-Batman– ella terminaba casi muerta y él bastante deprimido, se filmaría una nueva entrega con ella como protagonista, dirigida por el propio Burton, quien confesó que su simpatía siempre estaba del lado de los malos. Esto finalmente no sucedió, pero en 1993 Gatúbela inauguró su propia revista, en donde se dedica a hacer lo propio: robar joyas, suspirar por Batman, volver locos a todos los hombres de Ciudad Gótica y hacer una o dos buenas acciones por capítulo tratando de que nadie se entere. El verdadero encanto de Gatúbela es seguramente su capacidad para ser mala sin ser maligna, perversa sin ser desagradable, y enamorada sin ser sumisa.

PARIENTES POBRES

En otra categoría se ubican las heroínas que deben su existencia a la necesidad de seguir ampliando la familia de los dos megahéroes del siglo XX: Batman y Superman, los que adoptaron, más o menos para la misma época, dos hermanitas bajo los imaginativos nombres de batalla de Batichica (que se hizo famosa únicamente por sus participaciones en la serie de TV) y Superchica, que nació en 1959 como Kara, la prima de Superman que también fue enviada a la Tierra en un cohete de Krypton. Su primo la envió a un orfanato como Linda Lee hasta 1962 (lo que no hablaba demasiado bien de sus intenciones declaradas de cuidarla como "un hermano mayor") cuando anunció al mundo que la familia Superman había ganado otro paladín de la justicia. Así que Kara comenzó a asistir a la secundaria, llevando una vida bastante normal, saliendo con chicos que ignoraban su identidad y, por sobre todo, librando a Leeburg, su ciudad natal, de los malhechores que nunca faltan. Superchica es una mezcla de Betty y Verónica de *Archie*, pero sin su benemérita capacidad de criticar y chismorrear sobre todo lo que la rodea. Una niña buena, prolija, simpática, con visión de rayos X y agente del Bien. En definitiva, una *all american girl*. Y por eso bastante aburrida. Eso si dejamos fuera al encantador Krypto, el Superperro que comparte con Superchico.

Existen también las heroínas sin poderes sobrenaturales pero con una gran dosis de inteligencia y encanto que las hacen merecedoras de un lugar en el panteón: la agente 99 que componía Barbara Feldon en el "Superagente 86", condenada a pasar toda la eternidad primero soportando las inoperancias de Maxwell Smart y luego al propio Maxwell Smart como marido. O "La Mujer biónica" que encarnaba Lindsay Wagner en la televisión, en un papel que parecía limitado a correr durante tres cuartas partes de la serie. Jamás podría obviarse, por supuesto, a la Sra. Emma Peel, doctora en antropología, y la mejor agente secreto que engrosara alguna vez las filas del MI-5. Y de cualquier agencia, para ser sinceros.

En los 90, la cibernética Lara Croft del juego electrónico *Tomb Raider*, con su personalidad Indiana Jones-Terminator-Mata Hari, parece haber sido inspirada por la Linda Hamilton de la película de James Cameron, con tanto éxito que se habla de una versión cinematográfica. Pero sin dudas, la heroína sin poderes más poderosa de nuestra década se llama Dana Scully, y trabaja en unos casos bastante rocambolescos dentro del FBI que se han dado en llamar *Los expedientes X*. El personaje que interpreta Gillian Anderson fue calcado en un principio de la Clarice Sterling de *El silencio de los inocentes*. Pero las cosas terminaron siendo muy diferentes: la científica que observaba incrédula cómo su compañero Fox Mulder buscaba invisibles pruebas de la existencia de extraterrestres terminó siendo secuestrada por esos mismos enanitos verdes, comenzó a creer en Dios, tuvo una hija y la perdió. Mientras tanto, ambos terminaron despedidos y con los archivos incendiados por manos misteriosas. Y Dana Scully se volvió leyenda. Televisiva, al menos.

Las superheroínas reflejan, a lo largo de la historia, el ideal masculino de la perfección femenina. La historia de las heroínas entonces, como un detallado croquis de las falencias de las mujeres normales en cada una de las épocas. Es por eso que ser fanático de las superheroínas siendo a la vez mujer es una tarea bastante ardua, es gustar de algo que cualquiera debe juzgar supuestamente como trillado, irreal y sexista. Apesar de todo esto, o quizás por eso mismo, siguen apareciendo cada vez más. Un poco porque son la mejor parte de cada uno y, a la vez, la imagen aumentada mil veces de nosotros mismos. Y otro tanto, porque todos necesitamos tener héroes. O heroínas ▪

PRODUCTOS



Detengan al SOL

La misma tecnología que alguna vez perforó la capa de ozono ahora provee cada vez más y mejores productos para defenderse de los posibles estragos del verano. La Prairie –firma cosmética con sede en Nueva York– presentó este año su nueva fórmula: *Cellular Anti-Wrinkle Sun Block SPF 50*, ideal para pieles sensibles, con extractos de aloe, arnica, salvia, caléndula y agentes antioxidantes que defienden a la piel de las agresiones del medio ambiente. En la misma línea, el *Cellular Lip treatment* cubre los labios y evita resquebrajamientos.

Aromas de juventud



Se llama Ligth porque sus creadores confían en que esa palabra destila optimismo y alegría de vivir. Es un perfume –mejor dicho dos, para él y para ella– dedicado a quienes gozan de la edad de los juramentos vanos: entre 18 y 25. La fragancia dedicada a las chicas es una mezcla de maderas nobles, frutas y flores. La de ellos pone el acento en los cítricos y las especias.

Lo NUEVO *lo raro* LO UTIL

AGENDA

Mujeres Secretas

En la Biblioteca Nacional, cada jueves de verano y a las 19, se homenajeará a una mujer ilustre y poco recordada. La próxima en recordarse será Carola Lorenzini, audaz aviadora nacida en San Vicente que en 1941 obtuvo su licencia para vuelos de servicio público. Carola, ganadora de múltiples competencias y desafíos varios, murió en su ley. A poco de recibir su licencia su avión cayó en el aeródromo de Morón. Entrada libre, Agüero 2502.

Talleres

El Centro Municipal de la Mujer de Vicente López tiene planes para este verano. Casi todos los días se puede asistir a un taller en el que aprender algunas cosas y reflexionar sobre otras. **Acompañada y sola**, **Mi príncipe azul: ¿elección o adicción?** y **Mujeres, sexo, mentiras y video** son algunas de las propuestas. Para informes e inscripción se puede llamar al 794-6604/05 o dirigirse a Acassuso 1752, Olivos.

Pintar el cielo

Nicolás García Uriburu, Rogelio Polesello, Josefina Robirosa y Antonio Seguí son los cuatro artistas que eligió Telefónica de Argentina para su Ciclo Espectacular. Las obras de arte, esta vez, cubrirán el cielo con el soporte de los fuegos artificiales que se podrán ver en cuatro puntos de la costa atlántica argentina: Miramar, Villa Gesell, Pinamar y Mar del Plata. En todos la cita es el mismo día –hoy– y la misma hora, las 22. En caso de lluvia se pasará para el sábado.

El circo en el museo



Gala es un espectáculo en el que conviven la poesía, el humor, el suspenso y el riesgo: una ceremonia onírica de circo que se presenta en el Patio del Tanque del Centro Cultural Recoleta, Junín 1930. Con dirección de Gerardo Hochman, la obra se presentará de jueves a domingo a las 20.30. Entrada $ 10.



Detalle de color

Para quienes saben que el tamaño no es lo que importa, la empresa suiza Mavala ofrece lacas para uñas en diminutos envases que pueden llevarse en cualquier parte. En esta temporada se presentaron cincuenta colores no aptos para indecisas. Si se elige pagar los 4,90 que sale el esmalte, se puede llevar también una guía completa con consejos útiles para el cuidado de las manos.

CAMPAÑAS



Un lazo por la vida

La empresa Avon emprendió en agosto del año pasado una cruzada para prevenir el cáncer de mama. El objetivo era ambicioso, conseguir el primer móvil con mamógrafo del país. Y lo mejor es que ¡lo consiguieron! Ya se recaudó más de un millón de dólares, lo que asegura que en el primer semestre de 1999 podrán donar a LALCEC el mentado instrumento más todo lo necesario para su funcionamiento durante los primeros doce meses. ¡Felicitaciones!

ESPECTACULOS

Filmar hoy una película cuyo título es *La camarera del Titanic* puede parecer oportunista. Pero a su director, Bigas Luna, la titanicmanía le importa un bledo. Lo que quiso es hacer una película romántica, lo cual le dio más vergüenza que sus habituales cochinadas de alto vuelo. Todo por trabajar con la bella Aitana Sánchez Gijón.



Otra *de la* Nave

POR MOIRA SOTO

Lo gracioso de esta historia es que al director Bigas Luna el Titanic le importa una brizna de azafrán... o quizás menos, puesto que este condimento es esencial para preparar la paella a la valenciana, uno de los platos preferidos de este gourmet que no trabaja con actores que no acepten la invitación de ir a cenar. Y ni siquiera puede sospecharse que el realizador de *Jamón jamón* intentó aprovecharse de la titanicmanía desatada ya durante el rodaje de la exitosísima película de James Cameron: lo que en verdad interesó a Bigas fue el libro del francés Didier Decoin, quien utilizó la información de que muchas de las camareras del trasatlántico habían sobrevivido al naufragio, para crear una trama amorosa que en un punto licuaba las fronteras entre realidad y fantasía, entre mentira y verdad. "Lo del 'Titanic' es pura casualidad", subraya el director arropado con un diseño de Toni Miró, "entiendo lo que simboliza pero a mí nunca me conmovió".

ENAMORANDOSE DE UN PIE

Entre los cambios que Bigas Luna realizó respecto del relato original figura el haberle quitado años al trío protagónico: Horty, obrero de una fundición, su mujer Zoe y Marie, presunta camarera del Titanic. Desde el vamos, el realizador supo que el papel de la camarera era para Aitana Sánchez-Gijón: "la conocí en el Festival de San Sebastián y me enamoré de su pie", confiesa el muy fetichista. "Se quitó un zapato que le molestaba y pensé ¡qué pie tan maravilloso!". Naturalmente, no fue el pie de Aitana la única razón para asignarle un papel tan sutil, inquietante, ambiguo: "Me fascina la dualidad de su mirada. Te hace pensar: qué buena chica es, qué enamorada está. Pero si te fijas bien, hay un reflejo de maldad, de perversidad. Esa ambivalencia la he utilizado mucho en *La camarera*, para contar la historia de Horty, un hombre que inventa a la mujer de sus sueños, recrea su realidad a través de la imaginación, ese don maravilloso". Resulta que Horty se gana un pasaje a Southampton para ver partir el Titanic. Pasa la noche anterior en un lujoso hotel y se le aparece una joven que dice ser camarera del Titanic y no tener habitación. El la invita a quedarse pero se mantiene a distancia. Cuando despierta, ella se ha ido. Horty sale y la ve de lejos posando para un fotógrafo ambulante. El barco zarpa y él consigue la foto. De vuelta en Francia, presionado por sus compañeros que encuentran la imagen, Horty empieza a contar episodios de un ardiente romance, estimulado por los celos (quizás su mujer se acostó con el patrón). Zoe lo deja pero vuelve cuando él le dice que la ama y advierte las posibilidades comerciales: en el bar hay propinas para el narrador. Más tarde, luego del naufragio, Horty proseguirá con el relato de su *amour fou* sobre el tablado de un teatro ambulante, agregando nuevos y excitantes detalles y con la foto de la supuesta finada sobre ampliada en la escenografía. Ahora la que se consume de celos es Zoe...

AITANA PRESIDENTA

A los 29, Aitana Sanchez-Gijón fue elegida presidenta de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de España, hace apenas un par de meses. Título que no ha sido obstáculo para que la notable actriz esté en estos momentos interpretando a Cayetana de Silva y Alvarez de Toledo, Duquesa de Alba, es decir aquella señora opulenta que posó desnuda para Goya, en la película *Volaverunt*, dirigida por el mismísimo Bigas Luna.

Hija de un profesor de Historia antifranquista que de la cárcel pasó al exilio, Aitana nació en Roma, de madre italiana (apellidada De Angelis) y su nombre de pila se lo debe a la hija del poeta Rafael Alberti, su madrina. Desde chica se arrimó al teatro y en la adolescencia hizo giras por España con piezas de García Lorca. *Bajarse al moro* (1988) fue su primera película, que le exigió un desnudo. Con el tiempo llegaron *El pájaro de la felicidad* de Pilar Miró, *La ley de la frontera* de Adolfo Aristarain, *Sus ojos se cerraron*, de Jaime Chávarri (filmada en la Argentina). Lejos de conformarse con una segura y brillante carrera cinematográfica, Aitana viene incursionando paralelamente en teatro, ya como productora (*El hombre elefante*), ya como intérprete (*La gata sobre el tejado de zinc*).

Chica de izquierdas, culta, políglota y segura de sí, Sánchez-Gijón no se replegó cuando José Luis Borau la propuso para presidenta de la Academia: le encanta ser la primera mujer en ese cargo (fue votada casi por unanimidad), dice que está dispuesta a delegar y que "hay que aceptar las responsabilidades cuando te tocan. Hay que asumir retos y echarle coraje a la vida".

NO HAY PEOR RIVAL QUE UNA MUJER SOÑADA

Gracias a que habla con soltura el inglés (se lo enseñó su madre, así como el francés y el italiano) Aitana no necesitó ser doblada en las dos producciones que filmó en los Estados Unidos: *Ni el tiro del final* (actualmente en cartel) y con anterioridad, *Un paseo por las nubes*. Ella pudo permanecer en Hollywood, pero "intentar una carrera allí me parecía surrealista. No me gusta ese país para vivir, y de quedarme seguramente habría hecho muchas porquerías", dice.

De *La camarera del Titanic*, film donde luce su correcto francés, dice que la subyugó su misterio, su sugerencia, "el dejar al espectador con la miel en los labios", que fuera una historia de amor desbordante "porque tengo una vena muy romántica, me encantan las heroínas muy siglo XIX, y mi camarera va por ahí". El realizador Bigas Luna confirma esta visión de Aitana: "La película es tan romántica que me da vergüenza, porque yo también lo soy. Para mí es más fácil mostrar escenas abiertamente eróticas que dar a conocer esta faceta".

Olivier Martínez, el pintón actor francés con alguna abuela argentina, encarna a Horty, el obrero que es sobrepasado por su sueño, y la talentosa Romane Bohringer (*Noches Salvajes*) es Zoe, la mujer enamorada del obrero, la trabajadora pobre que quiere ser deseada como la otra, como la mujer idealizada de la que siente terribles celos. Porque ésa es la fuerza arrolladora de Marie, según la describe Aitana Sánchez-Gijón: "Ser una mujer de carne y hueso cuya identidad se revela al final, y sobre todo ser la Marie soñada, llevada al límite del amor loco y la sensualidad". No por azar, completa la idea el director Bigas Luna, "en algunas escenas el rostro de Aitana se puede parecer al del éxtasis de Santa Teresa"●



En julio del año pasado Gro Harlem asumió –anotando otro de los tantos "primera mujer en..." de su carrera– como directora de la Organización Mundial de la Salud. Pero ella es más ambiciosa: se propone nada menos que cambiar el mundo.



Gro de Noruega

POR SOLEDAD VALLEJOS

Resulta inverosímil imaginar a alguien que, en plena orgía global de un fin de siglo materialista, sostenga con firmeza un ideal propio de la agitación hippie sin el más mínimo rubor. Aún más: no es usual que quien sea capaz de aferrarse a semejante postura sea poco más que un adolescente en plan de alborotar a sus padres. Sin embargo, contra los pronósticos pesimistas, en pleno seno de una de las organizaciones más influyentes del mundo, un buen día Gro levantó su voz y, como quien no quiere la cosa, soltó: "Lo que quiero es cambiar el mundo". Cuando todos los ojos buscaron la fuente del desafío, no encontraron a otra que Gro Harlem, la mujer que en julio del año pasado se convirtió –anotando otro de los tantos "primera mujer en..." de su carrera– en la directora de la Organización Mundial de la Salud.

UN LARGO CAMINO

Al momento de elegir una profesión, se dirigió sin dudar a los pabellones de la Facultad de Medicina de la Universidad de Oslo, una carrera que cursó mientras despuntaba el vicio por las ciencias físicas en la misma institución. Como si el tiempo nunca fuera poco, entre examen y examen Gro resolvió casarse con Arne Olaf Brundtland, un compañero de estudios militante del Partido Conservador a quien logró convertir al punto que ahora vota al Partido Laborista, y fue madre cuatro veces. En 1965 recibió el diploma de licenciada en Pediatría de Harvard y vio por primera vez cómo sus dos amores, la política y la medicina, se enlazaron al ser nombrada ella ministra de Sanidad y Asuntos Sociales. Entonces, la carrera como líder que comenzara a labrar con la participación infantil en un grupo scout cobró un impulso que la llevó a asumir en 1974 –y durante cinco años– la titularidad del Ministerio de Medio Ambiente, y ser la primera mujer en Noruega en desempeñarse como primer ministro en 1981, cargo que revisitó en 1986 y 1990.

La segunda vez que llegó a la cima del poder, nombró a siete mujeres en el gabinete. "Es claro que fui una pionera. Desde un punto de vista objetivo, histórico, no hay duda de que lo fui. Y me siento orgullosa de eso", aseguró en una entrevista recientemente concedida a *El País semanal*. ¿Fue difícil impulsar esa reforma? "Sí. Costó varios años. Cuando llegué a la vicepresidencia del partido, en 1975, éramos muy pocas las mujeres que estábamos en el Parlamento y en el partido, y pasé ocho años, hasta 1983, impulsando la cuestión con el apoyo de muchas mujeres y algunos hombres. En 1981 pasé a ser secretaria general del partido, y en el primer congreso siguiente, en 1983, se decidió que en todos los órganos designados por el partido cada sexo tuviera una presencia de, al menos, 40 por ciento". Tras haber sido una de las artífices de esa cuota obligatoria, Harlem se muestra absolutamente convencida de la utilidad de establecer los cupos mínimos como modo de asegurar la participación femenina en el poder. "He hablado con dirigentes socialdemócratas de más edad que yo de otros países europeos. A algunos –eran hombres– les resultaba difícil aceptarlo, consideraban que era un método demasiado radical. Y yo siempre les he dicho que no pueden luchar contra ello, que tarde o temprano va a ser así, y lo que tienen que hacer es sumarse al esfuerzo. Los que se oponían al cupo que establecimos lo hacían con el argumento de que a las personas hay que valorarlas por sí mismas, las mujeres tienen que competir como los hombres, etcétera. Pero en la situación actual eso significa demasiado tiempo, y hay que facilitar la entrada de las mujeres en las distintas esferas para que puedan demostrar su valía".

La "madre de Noruega" trastabilló sólo una vez: en 1992, cuando el suicidio de su hijo menor, abandonó la conducción de su partido. Pero luego volvió a la carga desde su lugar en la Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo de las Naciones Unidas, donde lanzó el concepto de "desarrollo sostenido" al centro de las preocupaciones del medio ambiente mundial. Desde las oficinas de la OMS, Gro tiene la posibilidad de trabajar en beneficio de la población mundial y lo sabe. En los primeros días de su gestión, empezó a dedicarse a hacer la diferencia, atacando al tabaco, pugnando por mejorar la lucha contra enfermedades como la tuberculosis y el sida –especialmente en los países africanos, donde la incidencia registra tasas altísimas–, y tratando de convencer a los ministros de los diferentes países de que financiar la salud "es beneficioso para la economía, porque los pobres y los enfermos no producen como es debido. Así que les digo que les conviene invertir en sanidad, y el argumento resulta muy convincente".

Gro reside actualmente en Ginebra, donde se halla la sede de la OMS, pero su figura política no deja de hacer sombra en Noruega. Recientemente, la presentación del segundo volumen de su autobiografía la llevó a pisar su país para autografiar copias. "Fui a varias librerías para firmar ejemplares, y acudió mucha gente para que se los dedicara. Algunos decían '¡Vuelve, Gro!'. Lo decían bastantes, la verdad. Pero siempre les digo que yo ya he cumplido con mi deber en Noruega y que es hora de que lo asuman otros. Hay un momento adecuado para cada cosa". Juiciosa y maternal como pocas. No por nada en Noruega la reconocen como "la madre"

Soplando en el Viento



Para Maggie Fisher tocar el oboe exige una disciplina parecida a la de un jugador de fútbol: hay que entrenar a diario y mantener a tono los músculos. O sea que no se trata de soplar y hacer botellas.

POR ANDI NACHON

"Aparece una melodía que es suavemente llevada por un sonido dulce, intenso. Es un solo, luego se incorpora la orquesta y el piano solista rescata esa melodía." Así empieza el Concierto para Piano y Orquesta de Schumann y cuando Maggie Fisher relata este comienzo se le ilumina la mirada y se nota que intenta, mediante las palabras, hacernos llegar algo de eso que ella sentía a los trece años cuando escuchaba ese principio una y otra vez. "Fue una de las primeras cosas que yo escuché donde me atrapó el sonido del oboe, después encontré muchísimas cosas que me gustaron tanto o más que eso, pero esa melodía fue muy especial para mí." Cuenta ella y una se puede imaginar a esa niña que decidió dejar el piano que tocaba desde los seis años para empezar a estudiar este instrumento de viento.
Ahora Maggie tiene cincuenta y siete años y vive desde siempre de la música. En algún momento de la charla recuerda la única vez que se vio obligada a trabajar de otra cosa: "Siempre trabajé como música, una sola vez tuve que trabajar de otra cosa pero fue muy a disgusto y solamente por necesidad".

VIDA DE MÚSICOS

Maggie nació en Buenos Aires pero creció en Córdoba. "Mis padres vienen de las ciencias, pero viví escuchando con ellos música clásica", así que desde muy chiquita empezó estudiando piano pero luego descubrió que ese instrumento no le daba la posibilidad de hacer la música de cámara que más le gustaba. Así llegó al oboe y se enamoró de su sonido: "Es un sonido penetrante y a la vez muy dulce porque no es estridente. Siempre se escucha el oboe. Aunque sea un fuerte en el que están todos los instrumentos, su sonido es tan penetrante que siempre está presente cuando toca".

Su adolescencia estuvo marcada por el Conservatorio y el estudio del oboe y del piano. Incluso decidió dejar el secundario para tener más tiempo libre y dedicarse a la música por completo. "Fue difícil porque mis padres no estaban de acuerdo. Pero yo les prometí que las iba a dar libres. Rendí y me fue mal porque no estudiaba nada." Relata sonriendo esa época en que su vocación desafió las normas aunque luego, aclara, finalmente tuvo que cursar esos dos años que había dejado pendientes.

Al hablar con Maggie se nota que esa vocación por la música ha sido una pasión constante que atravesó toda su vida y que todavía hoy está presente con la misma intensidad. Sin temor, a los dieciocho años decidió venir a Buenos Aires para poder seguir estudiando. Se instaló en la casa de una abuela que tenía aquí y empezó a contactarse con otros músicos. "Extrañaba horrores Córdoba: a mis amigos, a mis viejos ... Siempre que podía me hacía una escapada para allá, aunque fuese por un día." Pero aquí fue donde pudo empezar a vivir de la música, se integró a orquestas de jóvenes como la Filarmónica del Plata y luego a la Orquesta del Teatro Argentino de La Plata. "Yo ya había tocado en grupos de cámara pero la primera vez que toqué en la orquesta para mí fue tocar el cielo con las manos. Estar ahí adentro y hacer algo, no importa qué, me parecía increíble. Por ahí en media hora lo único que hacía era un puuu, una sola nota, pero para mí era la gloria porque podía escuchar cómo ese sonido se unía con los otros. Realmente me gustaba eso y todavía me sigue gustando mucho."

Instalarse en Buenos Aires también significó la posibilidad de encontrar a su maestro: Pedro Coquiararo. Habla acerca de él con muchísimo cariño y en algún momento de la conversación afirma con certeza: "Sigue siendo el mejor maestro de oboe de acá. Y este maestro que yo encontré en Buenos Aires después no lo encontré en ninguna parte". Mucho de la admiración del discípulo por su maestro se vislumbra en esta aseveración y, también, mucho de ese afecto que se siente por la persona que te guía en un camino tan querido y difícil como el del aprendizaje de un instrumento.

A los veintidós años Maggie se casó con un cellista y a los veinticuatro ganaron una beca para perfeccionarse en Francia: "En esa época una era joven y vivía para esto, no había otras preocupaciones. Si querías la beca estudiabas y, no digo que siempre la sacabas, pero tenías una posibilidad". Y prácticamente sin saber nada de francés se dirigió hacia allí. Para su perfeccionamiento eligió la Escuela Normal de Música de París y durante cinco años repartió su vida entre los cursos regulares y los cursos de verano en Niza: "Aquello me sirvió porque es otro mundo, otras cosas, otras experiencias. Y tuve un muy buen maestro que era el oboe solista de la ópera de París". En París participó de la Orquesta de los Becarios donde pudo tocar con otros músicos de todo el mundo que también estaban becados allí. Después de obtener el título y luego de dominar un idioma en el que todavía hoy sigue leyendo, con su marido regresaron a la Argentina porque en Francia era muy difícil conseguir trabajo. Aunque recordando esos días en Europa aparece también otra pasión de esa época: "Me enganché con la relojería, me compré libros, hice un curso, arreglaba relojes. Perdí un montón de tiempo en eso, bah, no lo perdí porque me divertía mucho". Y luego de rememorar esos tiempos, con un gesto de mucha dulzura, en un momento dice: "Es duro ser instrumentista, necesita que vos dejes cosas de lado y a mí siempre me interesaron mil cosas. Nunca me focalicé sólo en la música".

UNA PASIÓN, UNA DISCIPLINA

Cuando uno piensa en los músicos clásicos generalmente corre el riesgo de caer en el prejuicio de imaginarlos muy rígidos, tal vez excesivamente formales. Nada más lejano de esta mujer que se ríe con los ojos y que para explicarle a sus alumnos de la Escuela de Coro y Orquesta del Instituto Bernasconi cómo deben hacerse un lugar para el instrumento a diario usa metáforas futbolísticas. Sin ninguna pretensión o pacatería, en algún momento asegura: "El instrumentista para mí es exactamente como un deportista. Tenés que entrenar, ejercitar la musculatura porque si no perdés el dominio".

Y luego aclara: "A mí me gusta estudiar por estudiar. Por ejemplo, ahora, hay conciertos que yo no voy a tocar y sin embargo a mí me gusta seguir estudiándolos. Más allá del trabajo para mí es un placer. Practico escalas y notas largas que por ahí otro las escucha y piensa qué aburrido, pero a mí me entretiene". Sin embargo, se queda pensando y luego aclara: "Es difícil, porque a través de los años uno sigue viviendo a la par de eso y tenés que hacer otras cosas y querés vivir otras cosas también. Y pensar que igual todos los días hay que darle un tiempo al instrumento, es bravo".

Así que después de los treinta Maggie quiso tener hijos y para ella implicó toda una elección: "Fue una decisión muy importante y muy intensa. Me gustaba mucho dedicarme a mis hijos y creo que fue una de las mejores decisiones que tomé en mi vida". Ahora Verónica tiene veinticinco años y Matías veintidós. Riéndose, ella aclara que ya no son chicos aunque inmediatamente recuerda una vez que la mandaron llamar del colegio porque la maestra quería saber bien qué hacía: su hija había contado que "su mamá tocaba el oboe" y nadie entendía bien qué era eso. Sin parar de reír, Maggie aclara que el oboe es un instrumento que la mayoría de la gente no registra.

Ahora Maggie reparte sus días entre la Orquesta de Morón, la Orquesta de 3 de Febrero, las clases y su nueva pareja. Ansía integrar nuevamente un grupo de cámara aunque sabe que con la situación económica no es fácil. "Por ahí cuando todos estemos más viejos, porque yo creo que voy a estudiar y a tocar bastante tiempo más" comenta sonriendo y luego agrega que también desearía volver a tocar tango: "Me encanta escucharlo, tocarlo y bailarlo aunque soy un poco pata dura. Fui a aprender con Vero".

Después de giras, concursos, parejas y separaciones, Maggie afirma que "la pareja no es definitiva" y se queda pensando. Con una firmeza que parece increíble en una mujer de su calidez dice: "Si pudiera no elegiría ninguna otra cosa, volvería a elegir la música".



Muñequitas de lujo

MODA **Ahora no sólo son periodistas, también inspiran novelas, historietas y ensayos. Hubo algunas famosísimas como la condesa Verushka que medía dos metros, Twiggy cuyos pechos eran más pequeños que los de cualquier varón o Dovima que empezó posando entre elefantes y terminó pobrísima, empleada de tienda y enamorada de una camarera. Hay quienes están dispuestos a considerarlas una nueva raza de mujeres.**

POR VICTORIA LESCANO

Tuvieron barbies a imagen y semejanza, cadenas de restaurantes, calendarios, cursos de gimnasia en video y ahora desencadenan un nuevo género literario. Porque el oficio de modelo que, de ocupación anónima y no bien retribuido y con el tiempo devino en plataforma para el estrellato y cifras de ingreso millonarias, inspira a títulos de lectura obligatoria entre fashion victims ricos en chismes de representantes, escándalos de backstages y esquizofrenia esteticista.

"Las Aventuras de Sandy, la supermodelo" es la sátira del circuito de la moda actual y sus reinas, ideada por el diseñador americano Isaac Mizrahi. La protagonista de los tres tomos con estética de comic bautizados *Sandy conquista Nueva York*, *Aventura psíquica* y *Pestañas falsas* –cuyos derechos para el cine fueron adquiridos por el productor Barry Sonnenfeld– es una mezcla de Jean Harlow, Jean Shrimpton y Shirley McLaine intentando conquistar Manhattan con un trench coat de pelo de camello.

Glamorama, el nuevo éxito de Bret Easton Ellis, es un mix de intrigas de modelos y seguidores de la moda terroristas que trasladan bombas en carteras Vuitton. Es probable que dejen de invitarlo a desfiles en un operativo similar al que se dio tras la publicación de *American Psyco*, cuando fue excluido de las fiestas del mundillo literario.

"Durante varios años vivir con modelos fue mi hobbie." Así justificó el escritor Jay McInerney el argumento de *Model Behavior*, su última novela plagada de mujeres bellas con desórdenes alimentarios y productoras del glamour. Pero el libro de cabecera de las aspirantes a ese oficio debería ser sin duda *Modelo, el sucio negocio de la belleza* escrito por Michael Gross, una suerte de *Hollywood Babylon* con el acento puesto en la sordidez de las pasarelas. Su autor hace un recorrido cronológico desde los días en que cobraban cinco dólares por hora de trabajo hasta las cifras disparatadas que reciben por pisar las pasarelas de Londres, Milán o París.

AGENCIAS PRIMITIVAS

Mucho antes que Cindy, Claudia y Naomi tuvieran Barbies en su honor, las versiones primitivas de las modelos fueron muñequitas de madera que, vestidas con las últimas novedades y talles de miniatura, se enviaban a los compradores de las principales capitales de Europa.

El modisto Charles Frederick Worth, considerado el padre de la alta costura, inventó el concepto de mujeres maniquíes destinado a exhibir sus prendas ante las habitués de su tienda de París. Corría el año 1857 y la condición que regía su búsqueda era que debían ser lo más parecidas físicamente a sus mejores clientas. La primera modelo espontánea de la maison Worth no fue otra que la esposa del creador, Marie Vernet, cuando, paseando por su tienda, logró venderle dos crinolinas a la mujer de un embajador austríaco. Apenas unos años antes la condesa deCastiglione, una adicta a la moda de la corte de Napoleón III, se convirtió en la primera modelo fotográfica cuando mandó a hacer un libro de 280 fotos suyas adornada con las maravillas de su guardarropa –llegó a levantarse la falda para que se vieran sus zapatos.

Paul Poiret se hizo eco de la idea de su colega y llevó un grupo de maniquíes vivientes en un viaje por Europa. "Los jóvenes de San Petersburgo le enviaron flores, confites, cartas de amor y cheques, él las obligó a rechazarlos. 'El honor de mi casa no era compatible con tales libertades', fue su argumento" señala el historiador Max von Bohem en su enciclopedia de la moda sobre ese tour de modelos.

"Una nueva raza de mujeres circula alegremente por las calles de París. No tienen coche ni llevan joyas aunque van tan deprisa como la gente que trabaja, son los nuevos modelos de elegancia" anunciaron crónicas sociales de la época sobre ellas.

La de John Robert Powers fue la primera agencia, un actor con poco talento pero lo suficientemente apuesto como para ser invitado a posar junto a Mary Pickford en la tapa de una revista. La diva nunca apareció por el estudio de fotografía pero él ganó treinta dólares y la experiencia le sirvió como disparador para reclutar colegas desocupados y armar un negocio. En 1923 ideó el primer catálogo con fotos y medidas de sus descubrimientos –incluyó a Tyrone Power, Henry Fonda, Gene Tierney y Barbara Stanwyck– que a principios de los 30 se transformó en un libro de tapa dura con 500 modelos, las que debían pagar 45 dólares anuales por aparecer ahí.

Al principio el matrimonio Powers y sus tres asistentes compartían la oficina con un estudio de arquitectura de Park Avenue.

Su modelo top, Betty Mc Lachen Dorso, empezó pasando trajes en la tienda Henri Bedel, donde también decoraba la vidriera para ganar dinero extra. Para diferenciar a sus chicas de las demás *beauty girls* –él prefería esa expresión a la de modelo– les regalaba cajas rojas para que llevaran el maquillaje y se las entregaba con igual ceremonia que los estadistas dedican a condecorar héroes de guerra.

También escribió un manual para aspirantes a modelos, una columna de belleza en un periódico y ocupó una hora semanal en la radio.

Harry Conover fue el principal competidor de Powers en la búsqueda de bellezas a las que bautizó como "cover girls" y con el tiempo patentó ese nombre para una firma de cosméticos.

Hubo quienes tramaron rebeliones al sistema desde agencias clandestinas.

Como Elizabeth Dorian Leigh Parker, una modelo dueña de un gatito siamés que sirvió de inspiración a Truman Capote para la creación del personaje Holly Goligtly. Disconforme con las reglas de su agente, empezó a trabajar con otra modelo en una suite del hotel Elysée, mientras que a los llamados los respondían desde una tienda de dulces cercana.

La mismísima agencia de Eileen Ford, ex modelo y peluquera, también empezó fuera de la ley. Los primeros trabajos los organizaba desde el jardín de la casa de sus padres.

En los años cuarenta el auge de la publicidad y la sistematización de los desfiles de moda generaron un boom de mannequins encabezado por Bettina Graziani, Susy Parker y Marie Helene Arnaud.

Dovima se convirtió en la modelo mejor cotizada de los cincuenta -cobraba 100 dólares por posar una hora– respaldada por el imperio Ford.

Favorita de la editora Diana Vreeland y el fotógrafo Richard Avedon, la revolución estética del trío fue reflejada en la película *Funny Face*.

> "John Casablanca, el inventor del concurso *Model of the Year* del que surgen celebridades de la pasarela y líder espiritual de Pancho Dotto, tiene una patología por la carne joven. Una debilidad que él, con sesenta años, atribuye a su falta de madurez. Su romance con Stephanie Seymour fue tema de revistas del corazón. Cuando se conocieron en uno de sus famosos concursos, ella le mandaba cartas con estrellitas de purpurina en su interior."

Dueña de una personalidad extraña que la llevaba a confundirse los bidets con floreros y subirse a un camello por el desierto de Sahara con un baúl lleno de comics, una de sus fotos más famosas resultó de una sesión entre elefantes. En los sesenta, un juicio con la agencia Ford la dejó en la bancarrota y actuó en la serie *Mi marciano favorito*. Cuentan que finalizada su carrera fue empleada de una tienda y vivió enamorada de una camarera.

Irrumpieron rarezas extremas como la representante andrógina de la clase trabajadora Twiggy –en los 90 apareció en una película de terror clase B al triple de la figura que la hizo célebre–, la condesa Verushka, Jean Shrimpton, Marisa Berenson y Penelope Tree con la particularidad de que sus nombres empezaron a incluirse en las producciones como si fueran celebridades.

Peggy Moffit, la musa del precursor del



traje de baño topless Rudi Gernreich, protagonizó en 1966 el primer video de moda dirigido por el fotógrafo William Claxton y poco después *Who are you Polly Magoo*, una parodia de la moda escrita y dirigida por William Klein. "Cada foto roba una parte de mi cuerpo, no sé qué va a quedar de mí" se lamenta en un diálogo.

Tener una novia modelo fue tan indispensable para los músicos de la época como las guitarras Fender Stratocaster. A Pattie Boyd, sus compañeras en los desfiles de Mary Quant la acosaban para conocer detalles de su vida amorosa con el beatle George Harrison. Chrissie Shrimpton, modelo y hermana de la célebre Jane, fue novia de Mick Jagger y autora de una columna de moda en la revista *Tiger Beat*, donde se jactaba de su influencia. "Yo le sugerí que gastara más dinero en ropa y ahora es uno de los músicos mejor vestidos."

"Cuando sea grande quiero ser la mejor carnicera del mundo" había dicho a los cuatro años Wilhemina. En cambio, fue tapa de 255 revistas y fundó su propia agencia con la particularidad de ser la primera en contratar modelos negras y lanzar a la joven Iman.

En los 70, cuando Milán se impuso como nuevo centro de las tendencias, muchas aspirantes a modelos se hospedaron en un hotel bautizado *Fuck Palace* y una residencia para jóvenes fue apodada *Principessa Clítoris*.

John Casablanca, el inventor del concurso *Model of the year* del que surgen celebridades de la pasarela y líder espiritual de Pancho Dotto, tiene una patología por la carne joven. Una debilidad que él, con sesenta años, atribuye a su falta de madurez. Su romance con Stephanie Seymour fue tema de revistas del corazón. Cuando se conocieron en uno de sus famosos concursos, ella le mandaba cartas con estrellitas de purpurina en su interior.

Lauren Hutton revolucionó los cachets cuando en 1973 firmó el primer contrato exclusivo con la firma Revlon por dos años a cambio de 400.000 dólares, pero los 90 fueron testigo de nuevas reglas de juego en el oficio, cuando las modelos devinieron en mujeres de negocios y popes de empresas multimillonarias. Ru Paul les cantó el hit *Supermodel*, que Versace usó en varios de sus desfiles.

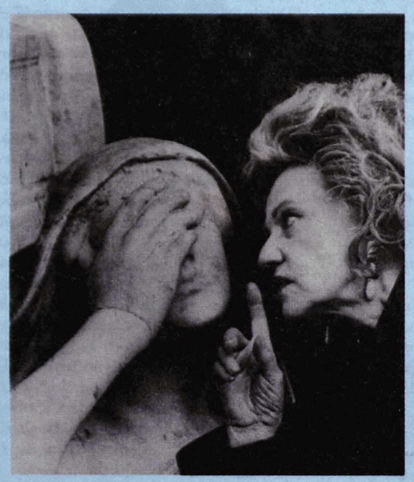
A lo largo de esta década el mercado volvió a apostar a las rarezas. Aparecieron agencias especializadas en caras extrañas, gays, modelos asiáticas, sólo faltaron bookers para fenómenos de feria.

Desde que Kate Moss fue abordada en un aeropuerto de Londres, de la mano de Calvin Klein representó chicas naif, aunque las quejas sobre esa glamorización de la delgadez se imprimieron sobre los afiches con su cuerpo.

Con la caída del síndrome de las modelos top Kirsten Mcenamy, Stella Tennant, Shalom Harlow, Amber Valetta, Karen Elson se convirtieron en paradigmas de belleza: ahora es el turno de una inglesita con cara de princesa asustada y llena de pecas llamada Maggie Rizer. "No es trend setter, prefiere estar con su familia a los cócteles de moda y lleva los trajes de alta costura con la misma soltura que sus Levis" justificó una editora de *Vogue*. El staff de la agencia local Elencos incluye modelos médicas, abogadas y odontólogas. Como señala Juan Martin, uno de sus directores: "Buscamos gente que tenga un mundo propio al margen de la moda. La tendencia indica la búsqueda de gente cada vez más joven y los contratos tienen una nueva cláusula para autorizar o no la aparición en Internet. Importan las facciones naturales y que no tengan implantes de ningún tipo, porque la búsqueda de caras bonitas fue reemplazada por la personalidad".

Charmante Jeanne Moreau

Cabellos cortos, ideas largas



Tiene la misma edad del Ratón Mickey, pero ella representa exactamente lo opuesto de la famosa creación de Walt Disney (que sólo hizo algo de mala letra en el magnífico *Aprendiz de brujo*, de *Fantasía*): además de expandir generosamente su talento en diversas direcciones (actriz, cantante, directora, escritora), Jeanne Moreau es una persona libre hasta el extremo de convertirse en nómade, sin posesiones materiales luego de haberlo tenido casi todo. Identificada por el público local básicamente por sus personajes complejos, arriesgados, intensos (*Los amantes*, *Jules et Jim*, *La noche*, *Diario de una camarera*...) Jeanne Moreau sigue tan activa y creativa como siempre: hace poco se la pudo ver por cable en un largo reportaje de la TV francesa, hablando de los grandes directores que supieron convocarla (Truffaut, Buñuel, Welles, Fassbinder, Losey, Antonioni ...), y también de trabajos más recientes y de futuros proyectos. Por otra parte, en estos momentos, la gran Jeanne está en la cartelera porteña, haciendo un personaje episódico en *Por siempre Cenicienta* (es la dama que cuenta a los hermanos Grimm cómo fue realmente la clásica heroína).

Hace año y pico, la protagonista de *Ascensor para el cadalso* se cortó su melena de toda la vida porque "tenía ganas de cambiar de cabeza". Para lo cual optó por copiarse de Sharon Stone, de quien se hizo muy compinche en Nueva York. Pero lo que la actriz, directora etc. no ha hecho ni hará es estirarse la cara ni rellenarla con colágeno: "Nadie fue a preguntarle nunca a Picasso si tener arrugas lo fastidiaba ... ¿por qué las mujeres no tendríamos, nosotras también, el derecho a ser criaturas metafísicas? Personalmente prefiero aprovechar cada minuto en otra cosa que lamentar las huellas del tiempo. Creo que no hay nada más patético que aferrarse desesperadamente a una imagen del pasado. A los veinte, se tiene la belleza del diablo, luego es la propia alma lo que se transparenta".

La felicidad, Jeanne nunca entendió bien qué significaba, salvo en el terreno de las ilusiones. Lo que a ella le importa es la libertad interior que le costó casi una vida conquistar. "Tuve la suerte de ser actriz, oficio peligroso y cruel, pero que me permitió encontrar una multitud de yoes a través de mis personajes. Interpretar es, para mí, tender hacia lo absoluto, la belleza. Estoy lista para partir hasta el fin del mundo si el rol me gusta. Siempre supe lo que quería, pero los medios para lograrlo sin perder el alma los fui descubriendo por el camino."

En el último Festival de San Sebastián, Jeanne Moreau recibió el Premio Donostia, pero se negó a que la llamaran "la gran dama del cine europeo": "Apenas me considero una mujer que aprecia y agradece lo que ha vivido. Los films son en realidad de los productores, los guionistas, los directores. Y los intérpretes somos como prostitutas pues hacemos lo que pide el director ..." En la tierra de Buñuel, ella contó con su voz arenosa que el genial realizador le enseñó el poder del silencio ("muchas veces me pregunto si no apelaba a la sordera para escapar de la charlatanería de algunos ..."). También confesó que estaba enamorada de él y que un día se atrevió a decirle que le habría gustado ser su hija. Don Luis le respondió: "De buena te libraste, porque si lo hubieras sido, te habría metido en un armario para que no te viese nunca nadie".

Más que bella, con ese magnetismo intacto que viene de su inteligencia, su gracia, su refinamiento, su estilo en suma, Jeanne Moreau –entre una película y una canción– adora cocinar ("me especializo en salsas: hice mi primera mayonesa a los cinco años"), habilidad que heredó de su padre restaurateur. Es que cocinar, aparte de los placeres de la gourmetterie, al parecer provoca efectos secundarios beneficiosos: "Cuando estoy con los nervios de punta, me calmo pelando papas, zanahorias, pepinos, picando cebolla, ajo, perejil ..."



EL TANGUERO

POR M. D. El andar torvo, los hombros echados hacia atrás como para darles algún impulso a los brazos que envuelven y a veces también amenazan, y una quebrada en el cuello que lo obliga a mirar siempre hacia abajo; allí donde quedaron sus milongueras pretensiones. Es un macho argentino, un modelo puramente local, que guapea de la boca para afuera pero dentro, muy adentro, le sangra el corazón. No hay mal que no lo atraviese cuando matea en el patio, la vereda o la cocina. Se acuerda de la viejita, de cada autito que corría en las veredas de su infancia y siempre de esa mina, la única, la que lo hizo sufrir. Desde entonces el tanguero ya no pudo comprometerse con otra. El país no está como para andar haciendo planes, ya ves la economía, la corrupción, se disculpará alguna vez, como si hiciera falta cuando cuchichee al oído de la mujer que se deja conducir al ritmo del dos por cuatro. En la milonga sí que se lo ve brillar. Tiene en los ojos un destello que apenas consigue ocultar el de sus zapatos, lustrados para lucirse en la ocasión. Se da el gusto de despreciar a las que no saben bailar, de llevar a las que elige como muñecas de un floreo a otro sobre la pista. Es fácil desearlo cuando está encendido, cuando alguna letra lo inspira como para repetirla en un susurro, cuando saca del pecho ese músculo que la vida ha herido y él enseña latiendo como un conejo asustado. ¡Pero dura tan poco! El baile también se acaba para él y la poética lo abandona cuando se sienta en camiseta a dar órdenes a la pobre incauta que tal vez compró su imagen de poeta maldito. El bife jamás estará cocido como a él le gusta y en todos los casos exigirá que se lo sirvan. Aunque tenga 30 años el feminismo para él es fumar Virginia Slims, y aun los de 20 creen que la novia no es ni amiga ni amante sino la heredera al trono del hogar. Son gente sensible, eso sí. Y es posible incluso que ni siquiera escuchen tango. Están mimetizados detrás de otra melancolía y algún saber particular al que sacan chispas de vez en cuando –billar, truco, aeromodelismo o malambo– para distinguirse del resto y desmentir de una vez por todas eso de que los hombres duros no bailan. El tanguero –o sus clones contemporáneos– además de bailar llora, y a moco tendido. Nos hace cómplices de su herida absurda, nos da calor en esa grieta donde habita una infancia desgraciada y tres o cuatro mimos. Con él es posible naufragar en esa curda que al final corra aquel maldito telón. Y guardar todas las banderas por una vez, hasta que la luz del día se lleve los últimos restos de magia y el bailarín vuelva a la calle con su pisada de macho. (Consejo: tómese en pequeñas dosis.)